

ABRAXAS I

POR ZAHORÍ BALMACEDA



Javier Fontecilla
Nla Contreras
José del Real

Sofía Ramos Wong
Noah Wolff
J. G. Audoriza



Publicado por

ABRAXAS por Zahorí Balmaceda

Edición

Zahorí Balmaceda

Diseño de portada

Alexis Collao

Ilustraciones

Riiyuu Art

Maquetación

Zahorí Balmaceda

Corrección

Camila Rojas Hernández

Primera edición

Diciembre de 2023

El presente documento tiene la autorización de ser difundido de forma gratuita exclusivamente a través de medios digitales. Cualquier forma de reproducción y distribución física debe ser autorizada por sus titulares.



ABRAXAS

POR ZAHORÍ BALMACEDA

I

ÍNDICE DE RELATOS

OCTA
NLA CONTRERAS
PÁG. 7

EL DÍA EN QUE LOS GATOS SE FUERON
NOAH WOLFF
PÁG. 25

LA REFORESTACIÓN
SOFÍA RAMOS WONG
PÁG. 51

EL INVITADO A CENAR
JAVIER FONTECILLA
PÁG. 78

JOSH HUNG, APERTURA DE EXPEDIENTE
J. G. AUDORIZA
PÁG. 105

EL DÍA EN QUE VOLVIERON LOS COLORES
JOSÉ DEL REAL
PÁG. 124

NOTA DE LA ANTOLOGADORA

Cuando conocí el mundo editorial acepté un desafío por encargo que me tomé bastante personal: escribir una antología.

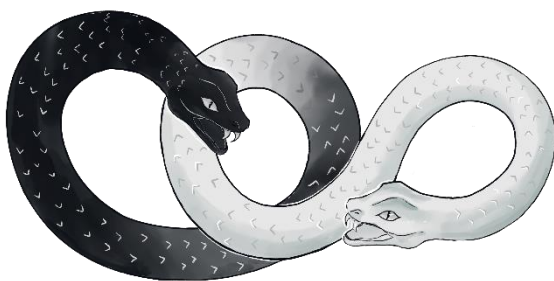
A lo largo de varios meses trabajé con autores que conocía, escritores que jamás había leído y aprendí mucho sobre el valor de mi trabajo. Ese proyecto no logró ser finalizado y jamás verá la luz del día. Murió como muchos de mis intentos por sacar adelante obras conjuntas bajo el alero de alguien más.

Durante mi último fracaso, toqué fondo y fue francamente decepcionante. Sin embargo, cuando la idea de que no era capaz de lograrlo pasó por mi cabeza, vi a mi alrededor las herramientas, las necesidades, el tiempo y mi propia resistencia a rendirme.

Darme cuenta de que ser mi propia jefa, armada únicamente de buenas intenciones y persistencia se convirtió en la tumba de mis fracasos y en una puerta que ahora estás a punto de cruzar.

Bienvenidos a ABRAXAS I, la primera de muchas entregas. Si nos permites, tenemos algunas historias que contarte...

Con amor, Zaho.





La fuerza de la naturaleza está presente en todas partes, desde la firmeza de una telaraña hasta el poderoso golpe de las olas, pero tal vez sus usuarios más curiosos seamos nosotros.

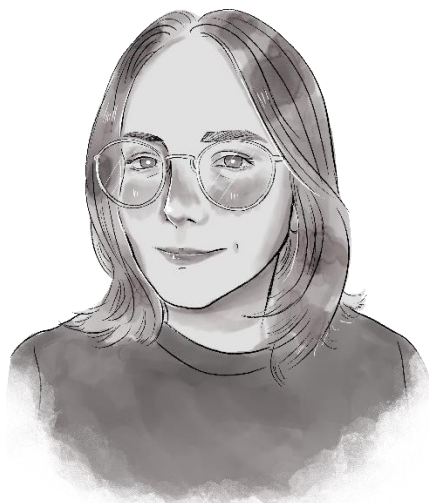
Aquello que tras millones de años de evolución nos ha convertido en las criaturas más inteligentes del planeta también nos ha segado ante la idea del poder. Hemos construido máquinas que piensan por nosotros, encontrado la cura para enfermedades mortales y, sin duda, nos enorgullecemos por eso. Cada logro en nuestra historia parece estar escrito con palabras de oro, hasta que recordamos de qué están hechas realmente.

*En **Octa**, Nla Contreras nos narra una desgarradora historia de amor originada en la pureza del aislamiento, en un lugar cuya maldición nunca estuvo en sus habitantes, sino en quienes le dieron origen a una tierra que jamás debió existir.*



OCTA

NLA CONTRERAS



NLA CONTRERAS

Nacida en Santiago, Chile en 1987.

Publicista, redactora de contenidos en medios digitales.

Ganadora de dos medallas de oro en el International Latino Book Awards en 2022, en las categorías de "Mejor Novela Romántica para Jóvenes Adultos" y "Mejor Primer Libro de Ficción" por su novela debut *Monstrua*.

OCTA

Al noreste de lo que se denominaba territorio asiático, la Península de Octa se irguió a causa del gran terremoto del año 2136. Si bien el evento causó un cambio geográfico en todo el planeta, nada generó tanta conmoción al resto de la humanidad como este particular suceso.

Sé que esa premisa no fue la razón de mi abuelo para migrar a la tierra que prometía ser la solución a todos los males humanos, sobre todo, porque la historia de Octa posterior a la usurpación del Conglomerado se volvió un cuento de terror sobre una tierra maldita que fue secada hasta dejar solo las raíces muertas de su mayor tesoro: el ajenjo de sangre. Al menos, eso es lo que el mundo sintió.

Para mí Octa era el lugar donde lo conocí, donde el infierno se volvió nuestro paraíso.



Los hechos

Las primeras expediciones a la nueva tierra fueron llevadas a cabo por un pequeño grupo de soldados de la División de Exploración Surcoreana, la misma que en algún momento estuvo a cargo de reconocer el territorio

expuesto por los socavones de las inundaciones del 2030 y la extensa nueva región antártica que derivó de los deshielos. Pero a diferencia de esas exitosas y prósperas misiones, ningún soldado volvió desde Octa.

Se invirtieron millones en drones para la ubicación y rescate de los cuerpos y, al igual que los soldados, los drones desaparecieron pasados los 16 kilómetros desde la línea explorada del territorio continental. Desde entonces, diversas teorías se conjeturaron. En ese momento, la única que fue validada por el Consejo Científico Oriental fue que, al ser el territorio un levantamiento de fondo marino, contenía algún tipo de químico nocivo para la salud humana y corrosivo para el plástico ecológico con el cual fueron fabricados los drones, atendiendo al tratado de materiales plásticos biodegradables que se suscitó entre los países desarrollados en el 2057.

Pasaron 30 años hasta que Samuel Wulff, alemán autodenominado “naturista”, recolectó muestras desde el borde más cercano del nuevo territorio en una expedición no autorizada por el gobierno local, sin saber que entre las muestras encontraría la planta que cambiaría el destino de millones.

Fue en el noticiero de la tarde donde Amma Nylon, la reconocida actriz norteamericana de aquel entonces, apareció caminando después de cinco años de ausencia debido a su retiro de la actuación cuando le fue diagnosticada esclerosis múltiple en un avanzado estado.

La enfermedad limitó sus movimientos al punto de quedar en silla de ruedas.

En la entrevista, la mujer aseguró que el milagro era atribuible a una hierba santa extraída desde territorio asiático por el curandero de las estrellas: Samuel Wulff. Fue tanto el revuelo y tantas las estafas posteriores, que el naturista debió declarar ante el Congreso de los Estados Unidos, lugar donde nació el término ajeno de sangre como él mismo lo bautizó, indicando que la especie fue recolectada desde la Península Oca y que llevaba al menos siete años investigando sus propiedades.

Cuando las muestras del naturista fueron confiscadas, se estableció un plazo de dos años de investigación en donde finalmente se determinó que la planta ayudaba ante cualquier enfermedad degenerativa, incluso reconstruyendo tejidos internos dañados y neuronas.

El revuelo obligó al gobierno local aledaño al territorio de Oca a desplegar tropas militares para salvaguardar la frontera y evitar así, los miles de casos de desaparición de aquellos que se adentraron al territorio para obtener la preciada planta. De forma inmediata, se aprobaron leyes para anexionar el territorio y declarar el ajeno de sangre como un producto local, sin opción de extracción por parte de otros países.

Tomando en cuenta lo invaluable de sus propiedades y las nuevas restricciones, Estados Unidos conformó un grupo con importantes potencias para presionar al

gobierno local de permitir la extracción libre, aludiendo a su significativo aporte a la humanidad y, si bien en un principio las negociaciones parecían favorables más que nada por la presión mundial que implicó el asunto, después de unos cuantos meses de fallidas negociaciones, el gobierno local fue bombardeado durante tres años, lo que generó no solo la destrucción de la comunidad, sino también, un fuerte sentimiento de apatía y hasta xenofobia, aludiendo a que el gobierno local pretendía adueñarse de una fuente invaluable para la salud mundial.

Con el terreno en manos del Conglomerado de Países Potencia, los primeros 16 kilómetros de Octa fueron saqueados.

Después de unos cuantos años, el terreno se convirtió en algo cercano a un desierto de tierra rojiza donde veinticinco especies de plantas fueron descubiertas junto a una treintena de animales, entre ellos, un molusco cefalópodo similar a un pulpo de características terrestres al cual mi abuelo apodó gusano araña. Todos ellos de hábitat subterránea, fotosensibles, de colores oscuros y apariencia aterradora, como los peces de las profundidades acostumbrados a la presión del fondo marino. En ese momento nadie se cuestionó cómo estos animales sobrevivieron desde el mar a la repentina elevación de su terreno hasta la superficie. Hoy todos sabemos la respuesta: nunca estuvieron realmente vivos.

Producto de la devastación de los primeros kilómetros de Octa, el ajenjo de sangre se convirtió en un tesoro escaso, por lo que nuevos grupos fueron enviados hacia el sector no explorado. Se utilizó tecnología aérea y se intentó generar un mapa a través de los satélites, pero otra vez todo falló y ningún humano fue capaz de volver.

Los rumores de que la tierra estaba maldita se acrecentaron cuando se dio a conocer el informe que descartó la presencia de químicos nocivos y que el problema se originó en fuertes cargas magnéticas que alteraban señales, brújulas y radares, haciendo muy posible que cualquier grupo que tuviera la intención de volver terminara perdido o hundido en una de las tantas zanjas formadas por la vida edáfica.

Fue así como en el 2196 se anunció con bombos y platillos un nuevo plan de exploración, consistente en enviar familias completas para colonizar la tierra nueva, sin opción de retorno hasta conquistar de forma natural la península de Octa.

Por supuesto, la recompensa era una suma tan grande para los voluntarios, que tres vidas no alcanzarían para gastarla, además de la posibilidad de generar aún más dinero al explotar y generar campos completos de ajenjos de sangre. El resultado del llamado fue que hubo más voluntarios de los esperados y el Conglomerado realizó una minuciosa selección de una treintena de familias de

todas partes del mundo para llevar a cabo la colonización de la Península de Octa.

Siempre me pregunté quién podía estar lo suficientemente loco para querer entrar de forma voluntaria a Octa, sin saber que lo más locos fuimos los que preferimos quedarnos.



Mi historia

Durante mucho tiempo viví en la ignorancia. Al nacer en Octa no sabía de la posibilidad de una mejor vida, una tranquila, asistida por tecnología y con acceso a comunicación con el resto del mundo. La diferencia entre vivir y sobrevivir no era algo que estaba en mi mente. Al enterarme de todo aquello, confabulé un sin número de ideas para llegar hasta ese lado del mundo donde todo parecía más fácil, sin plantearme que el trayecto de vuelta era casi imposible. Tarde me enteré, además, que nosotros, los octanos, teníamos prohibido el regreso debido a nuestra condición, que, si era capaz de llegar a la frontera, el ejército del Conglomerado me recibiría con una bala en la cabeza, porque, así como la península estaba maldita, también lo estábamos quienes la habitamos.

A los quince años mi abuelo me contó de forma completa nuestra historia. Según su relato, cumplir la primera quincena de vida era un rito importante en

nuestra cultura. Por eso ese día llegó antes de los prados con un pequeño pastel de sabor dulce, manchado en su empaque con el polen rojo del ajeno. Me dijo que él, antes de Octa, ya era un hombre de campo, el cual no tenía más ambición en la vida que disfrutar de su aislado terreno junto a su familia, eso hasta que mi abuela fue diagnosticada con Alzheimer a sus cortos treinta y dos años. Sin nada que perder, postuló al llamado del Conglomerado para colonizar Octa como tantos otros, con la única finalidad de obtener la planta que prometía curar la demencia, sin saber que el trayecto le costaría la vida a mi abuela y tío, y que el viaje solo era de ida hacia el Tártaro.

Fueron tres años buscando un territorio para poder asentarse. Adentrado los 16 kilómetros todo dejó de funcionar: automóviles, radios y cualquier aparato tecnológico. El suelo, altamente mineralizado, generaba un efecto espejo con la luz solar, provocando importantes quemaduras en la piel a la menor exposición, obligando a toda la caravana a seguir su trayecto a pie y de noche. La mayoría de los animales perecieron producto de nuevos depredadores, unos que solo dejaban dos puntos de sangre como marca, rememorando la leyenda latina del chupacabras.

Cuando mi abuela y tío murieron de una fuerte anemia, al igual que muchos de los voluntarios que formaron la caravana, se decidió en conjunto terminar la exploración y finalmente generar los primeros cimientos del único pueblo en Octa. Treinta años más tarde, a pesar de la baja

población de sobrevivientes que logró asentarse, el pueblo tenía un promedio de 1,5 nacimientos cada cinco años, cero muertes naturales y una población saludable.

Acá no existieron las enfermedades. Nunca nadie se quejó de un dolor, ni se le infectó una herida. Todos esos conceptos ni siquiera estaban en mi cabeza cuando mi abuelo me contó qué tan diferentes nos habíamos vuelto. En Octa, el único peligro era perecer ante los monstruos que habitan bajo la tierra buscando succionar algo más que las raíces del ajeno.

Mis primeros recuerdos siempre estuvieron ligados a la planta: a mi madre moliéndola para formar esa pasta sanguinolenta que todos consumimos a diario, al rastro de polen que dejó cuando desapareció entre las plantaciones, a mi abuelo sosteniendo la cuchara con algo espeso y rojo amenazando con que, si no me lo comía, el páramo podía tragarme, según él.

De alguna forma, todos esos recuerdos se volvieron borrosos cuando me dijo que el ajeno en realidad no era tan acuoso, que se mezclaba con sangre, que la planta nos volvía inmunes al ambiente pero que era la sangre la que nos mantenía vivos, que ya no éramos humanos y que nuestro ser fluctuaba en un limbo entre persona y demonio.



Nuestra historia

Los bienes en Octa nunca abundaron. Cerca del páramo se encontraba el socavón que hundió una de las primeras casas en construirse, y escondido entre los escombros junté las cosas que —supuse— necesitaría para escapar. Tres años después de que mi abuelo me contara la verdad, aún no tenía suficiente.

Una tarde, la lluvia rojiza cayó más abundante de lo habitual. Me quedé abrazada a mí misma esperando que amainara bajo un nogal cuando él apareció. Me dijo que no podía irme, que el ejército estaría esperándome, que me ejecutarían de la misma forma que ejecutaron a todos aquellos que se infectaron con el ajenjo.

—¿Acaso no sabes que somos demonios? —comentó.

Yo no le pude responder, él era alguien que nunca había visto, algo imposible en Octa.

Pensé que era un espectro, un fantasma de los primeros soldados que visitaron Octa. Sus ojos rasgados apenas dejaban ver el color carmesí de su iris. Su uniforme de camuflaje y su boina parecían gris por el desgaste, y en el pecho tenía su nombre con caracteres que no supe leer.

Sonrió cuando le dije que no era real. Me mostró sus afilados dientes, se mordió el labio inferior y desapareció cuando volteé hacia el páramo al sentir la lluvia intensificada. No supe en ese momento el motivo, pero no le conté a mi abuelo lo que vi.

Unos días después regresó. Lo que creí un espectro volvió a decir que no podía irme. Lo enfrenté, le pregunté qué motivo tenía para preocuparse de mí. Cuando vi su sonrisa tímida, me dije que me estaba volviendo loca, que los libros de romance que mamá había dejado habían terminado por desquiciarme, porque en Octa no había nadie a quien amar, no para mí, al menos.

Cada vez se acercaba más, y cada vez que lo hacía me repetía lo peligroso que era, que había algo en mí que lo llamaba más allá de su entendimiento y que esto terminaría mal. Mientras me repetía su advertencia me dediqué a memorizar la forma de su rostro, a notar sus pausas al hablar buscando la palabra adecuada en un idioma que no le pertenecía y cómo sus ojos se transformaron en una línea cada vez que sonrió.

Temí que, si le decía que ya no quería irme, dejaría de buscarme. Interpreté una falsa obstinación y me deleité con sus expresiones de hastío cuando el evidente amanecer lo obligaba a irse.

De haber sabido, no hubiese perdido el tiempo, habría adelantado aquel día en que se acercó demasiado, tanto que mis manos se aferraron a su rostro y mis labios le robaron un beso tan apasionado que mi lengua sangró al contacto con sus colmillos.

Entre sus brazos me contó que fue un simple soldado, que lo metieron en una misión de la que nunca pudo

volver. Que había vivido más años de los que podía contar y que, para él, Octa era un infierno hasta que me conoció.

Cuando intentó alejarse, fui yo la que lo buscó. Casi muero atravesando la ladera, más allá del pueblo. Llegó para salvarme de un gusano araña, lo exterminó como un insecto. Sentí miedo cuando lo vi pelear, porque esa fuerza no era humana. Me lo había dicho, me advirtió que le tendría miedo cuando me mostrara qué era, pero el miedo pasó rápido, necesitaba su frío cuerpo más que cualquier cosa, más que el ajeno, más que respirar.

La primera vez que me mordió explicó que no éramos iguales, que la vida para él había acabado y que necesitaba terminar con la de otros para continuar respirando, que yo, a diferencia de él, aún podía sentir mi corazón latir, que mi maldición no era como la suya, yo tenía elección. Yo creo que nunca la tuve. Me hizo sentir algo más en un lugar donde reinaba el miedo y la soledad. Solo con su mirada me hizo sentir en otro sitio, uno cálido donde podría caminar bajo el sol.

Me transformé poco a poco. Dijo que no todos resistían la transición, que ya no necesitaría el ajeno y que la sangre sería mi obsesión de ahora en adelante. Mi abuelo notó el cambio; vio mi pelo brillar, mi piel volverse tersa y sedosa, y notó las náuseas que me provocó el ajeno.

Cuando estuve lista, me fui de mi hogar. Él me esperaría más allá de la ladera porque mi cuerpo tendría reacciones que no quería que viera.

Todo mi interior se vació, todo eso humano que no necesitaría fue desechado, mi mandíbula sufrió espasmos cuando los colmillos se expandieron, mis ojos vieron de una forma que puso borroso todos mis recuerdos. Caí varias veces al suelo, retorciéndome de dolor, con una sed que acabó con todo lo vivo que se cruzó en mi camino. Sudé rojo, sentí mi pecho explotar a medida que mis latidos mermaron.

Llegué al final del camino jadeando, sudada, con la ropa hecha añicos por arrastrarme por un largo trecho. Grité su nombre miles de veces, recorrí más terreno buscando su presencia, pero nunca más vi su figura completa.

Caminar sola en la oscuridad dejó de ser un problema, era mi corazón inerte lo que se volvió un inconveniente: estaba roto. Mis ojos lloraron más sangre de la que era capaz de reponer, mis lamentos se escucharon en el pueblo como un susurro viajando con el viento.

Me apodaron de formas lastimosas, decían que era un fantasma, que vendría a por ellos durante las noches. Los vi salir de sus hogares con armas buscándome. Pensé en dejar que me encontraran, que despedazaran mi cuerpo demoníaco que había sido maldito por nada. Creí que era mi castigo por perder mi alma, que mi abuelo tenía razón, que Dios existía y que me había desterrado de su tierra, porque Octa dejó de ser un infierno comparado con lo que sentí sin él.

Seguí adelante, caminé durante años adentrándome en las profundidades de Octa. Vi bestias que hacían ver a los gusanos araña como cachorros, humanos perdidos que aún conservaban su alma, me alimenté de seres que no parecían ni vivos ni muertos, como si en el camino me hubiese ido a otra dimensión.

Llegué a lo que parecía un pueblo abandonado y entre las cenizas encontré su rostro. Mis uñas y dedos quedaron grises buscando el resto de su cuerpo.

Mi cuerpo mortal nunca sintió tanta furia. Rugí al viento antes de enterrar lo que me dejaron de él. Olfateé hasta encontrar un rastro y me topé con un océano que me detuvo por un momento, solo hasta que recordé que no necesitaba respirar.

Al otro lado, vi todo aquello con lo que había soñado, todo eso por lo cual quise escapar de Octa; la tecnología, los rostros desconocidos, un mundo de colores donde no era necesario caminar bajo la luna.

Perdí el rastro durante un tiempo. Cuando lo encontré no dejé nada en pie, pasé como un huracán arrasando con todo y, más allá, lo infecté todo también, convertí a cientos, maldije cada cuerpo y destruí cada alma con la que me topé.

Llegaron con sus armas a intentar detener el desastre que mi pena dejó. Mis malditos maldijeron a otros hasta que ya nada pudo detener mi venganza.

Volví a Octa cuando entendí que mi rabia no iba a amainar, que no importaban cuánto destruyera, él no iba a volver a mi lado, que me quedaba una eternidad para llorar su partida. Regresé a nuestra tierra para estar cerca de aquellos lugares que nos vieron juntos, que fueron testigos de nuestros días felices, de su tormento, de mis dudas y de mi entrega.

En mi delirio por la tristeza, madre me preguntó qué había hecho, por qué había infectado la tierra más allá de Octa si con eso él no regresaría. Lloré en su regazo como una niña para encontrar consuelo. Fue así como me encontraron: vulnerable, en un charco de lágrimas rojas, secándome por dentro. Dijeron que era mi culpa, que todo se había infectado y que ya todo estaba maldito, que, si moría yo... morirían ellos.

El fuego quemó todo mi cuerpo hasta descascarme. Sentí mis huesos volverse cenizas. Morir después de morir cuando no tienes alma, es deshacerte hasta que no queda nada que sostenga tu conciencia, un dolor inefable.

Solo después de ese infierno, de ese verdadero infierno, lo encontré, esperándome al otro lado de la ladera.





Existe una ferviente creencia que asegura que algún día los gatos controlarán la Tierra. Si en un parpadeo la raza humana dejase de existir, los felinos no tardarían en encontrar su sitio en una nueva sociedad, ya sea debajo o sobre los perros.

*Como profesante de esta idea, no fue difícil para mí aceptar el universo propuesto por Noah Wolff en **El día en que los gatos se fueron**, sin embargo, dudo que algo me preparase para afrontar la emotividad con la que carga este relato.*

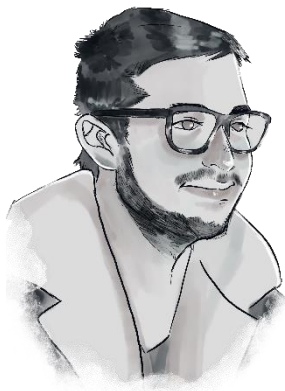
Solemos asegurar, como ya lo he mencionado, que los gatos podrían arreglárselas sin nosotros, aunque no son muchas las ocasiones en que nos hemos detenido a pensar en si esto es lo que realmente desean... o no.

Esta historia es un ronroneo para los corazones solitarios y los caminos perdidos que, por una u otra razón, no hemos decidido tomar.



EL DÍA EN QUE LOS GATOS SE FUERON

NOAH WOLFF



NOAH WOLFF

Nacido el 8 de octubre de 1994 en Santiago, Chile. Es guionista, escritor y Comunicador Audiovisual. Fanático de la cultura asiática, comenzó escribiendo *fanfictions* e historias originales desde temprana edad, la mayoría ligadas a la Ciencia Ficción y con muchas influencias de la cultura japonesa.

El año 2011 comienza a preparar *Disidentes* (2021), su primer libro publicado y que ya había sido subido en la plataforma Wattpad durante la pandemia, siendo un éxito de lecturas y ganando varios premios en la misma plataforma. El año 2023 fue seleccionado para ser parte de la antología de Fundación Emergentes de San Bernardo con su cuento *Cine de madrugada*.

Actualmente trabaja en el área de la archivística documental y escribe la continuación de "Disidentes".

EL DÍA EN QUE LOS GATOS SE FUERON

Desde que los gatos se fueron, tuvo un problema. Y no es que los echara de menos precisamente, pero sí se notó su ausencia. No fue como lo de los humanos, que desaparecieron de forma gradual, sino al revés. De un día para otro, no se vio ningún gato en las calles y su desaparición se hizo notar al punto que Chocolate tuvo que obligarse a sí mismo a salir de su ya abandonada casa en mitad de la ciudad para investigar.

Al principio, no lo creyó. Pensó que los gatos debían de estar en algún sitio lejano buscando algo de comida o huyendo de los perros callejeros, pero el silencio que recibió cuando sus patas peludas y rosadas tocaron el alfeizar de la ventana, lo alertó de que estaba solo. Realmente solo. Más incluso que cuando los humanos decidieron abandonar la casa.

Todo había empezado hace un año y medio atrás. Al principio, Chocolate no entendió la urgencia y aunque nadie le explicó, tampoco le importó. Él era un gato y tal como decían sus humanos, él no necesitaba a nadie más que a sí mismo. Además, su copa con agua, sus juguetes e incluso su robot de comida automática seguía allí. No le hacía falta nada más, por lo que apenas los miró cuando los vio salir a toda prisa uno tras otro, como si algo los

persiguiera. Ninguno lo miró. Probablemente ni se acordaron de él.

Y es que, aquello no era algo nuevo. Suponía él, en su ya costumbre, que tenía que ver con el absurdo nomadismo de los humanos, de ir y venir por todos lados, como si no pudieran quedarse quietos en un solo lugar y poder así disfrutar de la tranquilidad y pacífica vida de casa. Afortunadamente, también le habían hecho un favor y se llevaron a Bobby, el perro, con ellos. A Chocolate nunca le había agradado Bobby, así que el que no estuviera era casi una bendición que quería aprovechar.

Después de todo, cada año los humanos solían hacer ese tipo de cosas tontas como marcharse de casa, incluso cuando ahí tenían todo lo que necesitaban. Casi siempre se llevaban a Bobby con ellos, porque en sus palabras, Chocolate no necesitaba a nadie más que a sí mismo. Y él creyó en esa frase, porque eran sus humanos quienes se lo decían y si así era, entonces era verdad.

Así que, como fuera, tampoco le importó cuando los humanos se fueron. Los primeros días fueron de una agradable paz y pudo tumbarse en el sofá, disfrutando del sol que entraba por la polvorosa ventana. La comida abundaba y el agua, aunque no era fresca, estaba en buen estado. Nadie le dijo qué hacer y nadie lo obligó a recibir cariños inesperados que lejos de agradarle, lo ofuscaban. Además, sin Bobby cerca, podía ocupar la mayor parte de los lugares para sí mismo. Podría decir sin miramientos que aquel momento fue lejos el mejor de los últimos meses, sin embargo, pronto comenzó a aburrirse.

Y aunque a Chocolate no le gustaba la idea de salir fuera, lo hizo. Fue al mes de la ida de los humanos. Puso sus patas peludas sobre el alfeizar de la ventana y saltó, trepando las plantas hasta que logró llegar al techo. Allí se encontró con otros gatos que lo miraron con sorpresa.

—¿Y este quién es? —preguntó uno blanco que le faltaba un ojo y tenía una pata herida—. Nunca lo había visto antes.

—Parece una donita —respondió otra, moviendo su cola manchada de un lado a otro. Incluso parecía reír cuando lo miraba.

Su pelaje era de colores y sus ojos verdes estaban fijos en Chocolate, quien los observó con desafío.

—No soy una dona —corrigió, con los pelos erizados por la molestia—. Soy Chocolate y soy dueño de este territorio. ¿Quiénes son ustedes, forasteros?

—¿“Dueño”, dices? —el blanco rio, lamiendo la pata que tenía levantada y que parecía herida—. ¿Dueño de qué exactamente? No están los tiempos para hacer ese tipo de bromas.

Chocolate gruñó en advertencia.

—Dueño de este techo, esta casa y lo que hay dentro, incluyendo a mis humanos. Ustedes están en terreno ajeno.

—¿Humanos? —la de la cola manchada se notó sorprendida y avanzó hacia él, zigzagueante—. ¿También tienes familia?

El blanco rodó los ojos y siguió lamiendo su pata herida.

—Los gatos no podemos tener familia —le acotó, como si fuera obvio—. Solo podemos ir en manada. No creas todo lo que te dicen, Pelusa.

—¿Pelusa? —Chocolate rio—. ¿Qué clase de nombre es ese?

La gata no se ofendió.

—Es el nombre que me pusieron mis dueños —murmuró y dejó que su cola siguiera moviéndose de un lado a otro—. Vivo a dos casas de aquí, con los Martínez, pero ahora estoy buscando comida—. Ella le enseñó los dientes y entonces, movió su cabeza hacia atrás—. Él es Pirata. Es un gato guía.

A Chocolate no le importó esa información. No conocía a los Martínez, ni tampoco le importaba quién era ese gato blanco, pero decidió seguir la conversación.

—¿Tus humanos también se fueron? —preguntó, mirándola directamente a ella.

Su semblante cambió y de pronto, se vio sorprendida.

—Sí, pero dijeron que solo serían unos días —dijo, con voz bajita—. Suelen ausentarse por el trabajo y siempre vuelven, aunque esta vez han tardado más de lo normal.

El gato blanco los miró desde su lugar, como si quisiera tomar distancia.

—No van a volver, Pelusa —suspiró, como si estuviera cansado de decirlo—. Ellos se han ido para siempre. Todos se han ido.

La gata lanzó un maullido lastimero. Chocolate los miró con indiferencia.

—Los humanos suelen ir y volver —dijo, con su experiencia de ocho años viviendo con ellos—. Pero nunca se van demasiado lejos del territorio. Quedarse en casa y esperar que vuelvan es la mejor opción, allí tienes todo lo que necesitas. Además, ¿quién los va a recibir si no estás tú en casa?

El semblante de Pelusa cambió y lo miró esperanzada, sin embargo, el otro se volteó, dándoles la espalda. Su cola erguida mostraba su personalidad altanera y se conjugó con la mirada que les dio con solo su ojo bueno, llena de desprecio.

—Pueden seguir pensando que volverán, pero pronto se darán cuenta de la verdad.

Esta vez, Chocolate fue el ofendido. Si bien a él no le agradaban, seguían siendo sus humanos y no había forma de que se fueran para siempre. Aquello era simplemente imposible. Siempre habían estado juntos.

Eran una familia.

Molesto, esta vez le tocó a él gruñir y posteriormente mirar el camino por donde había venido. La socialización a la que estaba siendo sometido lo tenía agotado.

—Puedes ir y comer algo en mis territorios si tienes hambre —le dijo a Pelusa, quien seguía revoloteando a su lado—. Sin embargo, cuando vuelvan tus humanos, oblígales a dejarte la comida necesaria. Y dales un arañazo por olvidar tu comida.

Ella no pareció entender sus palabras, pero tampoco dudó. Chocolate pudo ver la sonrisa en el gato blanco y entonces, se volteó para guiar a Pelusa hasta la ventana

abierta de su casa, donde ambos entraron de un salto y se plantaron frente al robot de comida.

Este les lanzó unos granos y Chocolate lo agradeció.

Ninguno dijo más hasta el día siguiente.



Para cuando pasaron seis meses, Chocolate se convenció a sí mismo que existía una posibilidad de que los humanos no volverían y que el gato blanco llamado Pirata tenía razón. Lo había estado pensando detenidamente los últimos días y había decidido explorar la polvorienta casa en búsqueda de respuestas. La cama de sus humanos seguía desecha y pudo ver algunas arañas y moho saliendo de paquetes de comida que seguían allí tirados.

También había papeles dispersos, píldoras por todo el suelo y zapatos tirados por ahí, como si todo hubiera quedado congelado en el tiempo. Y no es que sus subordinados fueran muy buenos manteniendo el orden, pero en los ocho años que Chocolate los conocía, nunca habían dejado las cosas así cuando se iban por su instinto nómada.

Además, las maletas todavía estaban ahí, llenas de arena y conchas de mar que habían recolectado del último viaje a la playa. Chocolate incluso jugó con algunas de estas, hasta que el aburrimiento lo empujó a bajar al salón y plantarse frente al robot de comida.

—¿Sabes a dónde han ido los humanos? —preguntó, mirando directamente al ojo de este.

El robot no respondió.

—Te hice una pregunta —insistió Chocolate, un tanto irritado—. ¿Sabes si van a volver?

Otra vez, no hubo respuesta y el gato maulló de molestia. Fue entonces cuando el robot pareció reaccionar y soltó un par de granos que indicaron que era lo último que le quedaba dentro, como si quisiera disculparse por no poder hacer más.

Esa noche, Chocolate no comió y tampoco miró al robot.

Por primera vez, se sintió solo.

Al principio, Chocolate pensó que cuando cumpliera el año solo en casa, las cosas serían distintas. Cuando el robot dejó de funcionar, tuvo que ingeniárselas para buscar la comida humana que todavía quedaba por allí. Al principio, las cosas fueron buenas. Aprendió a abrir el grifo de agua y se dio cuenta de que sus subordinados habían abastecido la alacena, así que poco a poco su estómago se fue acostumbrando a otros sabores de comida y a identificar lo que servía de lo que no. Pelusa lo ayudó con eso. Después de un par de veces en que la recibió con sorpresa debido a que ella tenía hambre, la terminó aceptando.

Pelusa era el único contacto con el exterior que Chocolate se permitía tener y aunque no estaban juntos todos los días, de alguna forma le gustaba verla dormir en el alféizar de la ventana, con el sol abrasador dándole en el cuerpo y estirando sus patas rosadas hacia él, dándole una sonrisa agradecida. Poco a poco, se hicieron amigos.

Y es que los Martínez tampoco volvieron y según las palabras de Pelusa, no habían sido los únicos. Los humanos habían decidido, al parecer, desaparecer en masa. “Solo hay gatos y algunos perros”, le dijo un día ella, jugando con una pelota de lana que Chocolate tenía como su favorita. Él alzó la mirada y observó por la ventana. Algunos gatos iban y venían de los techos vecinos, la mayoría en grupos, pero ninguno reparaba en ellos.

Chocolate no podía evitar sentirse traicionado. Sus humanos habían estado con él desde hacía ocho años y nunca antes habían hablado de marcharse. De hecho, como le mostró a Pelusa, todo en la casa parecía que había sido dejado a medio hacer, como cuando iban y volvían del supermercado o sacaban a pasear a Bobby. Como si la vida se hubiera detenido sola.

Siempre habían vuelto, ¿por qué entonces ahora era diferente?

—Quizás Pirata tenía razón —le dijo ella un día, cuando ambos estaban sentados en el alféizar, viendo la imagen congelada de una ciudad que se consumía sola. La luna estaba sobre ellos, dándoles claridad para mirarse mutuamente—. Y nunca van a volver.

Sus colas chocaron, dando un ligero baile antes de unirse. Entonces, Chocolate suspiró.

—Puede ser —concedió, aunque no le gustaba darle la razón a ese gato blanco de mal aspecto—. Pero al menos, todos nosotros seguimos aquí. Podremos aguantar más tiempo. Ellos querrían que lo hiciéramos.

Ella lo miró no tan convencida. Su pelaje se había vuelto opaco y se le veían los ojos cansados, pero mantenía un buen ánimo.

—¿Crees que podremos? —preguntó, con un poco de miedo—. He visto que algunos gatos van en manadas y se dirigen al sur. Podríamos ir con ellos. Pirata estaba guiando a un grupo hace unos días.

Chocolate la miró, como si quisiera regañarla.

—¿Manadas? —la sola palabra lo ofendió—. Los gatos de casa no andamos en manadas, nosotros tenemos familia. Y la familia nunca te abandona.

Ella lo miró sin entender. Pelusa a veces no entendía las cosas más simples.

—¿Realmente no lo hacen? —su maullido salió apenas bajito, después de unos segundos. Él observó la luna, sin saber qué responder—. ¿No echas de menos a tus humanos?

—¿Por qué los echaría de menos? —preguntó, como si quisiera sonar más fuerte de lo que se sentía en realidad—. Este es mi hogar y tengo todo lo que necesito. Además, ellos van a volver, eventualmente.

Ella suspiró, casi con melancolía.

—Sí, supongo que tienes razón.

Chocolate asintió. Su mirada fue hasta las fotografías que estaban colgando en la pared y se vio a sí mismo, de cachorro, sobre los brazos de sus humanos. Ellos habían sido lo primero que había visto al abrir los ojos. Siempre habían estado allí, en cada momento, a cada hora.

—Todo estará bien. Estoy seguro de que volverán — dijo, para luego apoyar su cabeza en sus patas delanteras. Sus ojos fueron a la luna, que se escondió en medio de las nubes. Chocolate no pudo evitar pensar si sus humanos estarían viendo la misma luna en ese momento.

De pronto, sintió el roce de la cola de Pelusa con la propia. Ella lo imitó y ambos se quedaron ahí, mirando las nubes que se acercaban en el horizonte y a los gatos que paseaban de una casa a otra, por las calles y por los árboles. Ninguno los veía, como si fueran parte del paisaje y tampoco hicieron el mayor intento de contactarlos.

Luego de unas horas, llegó la lluvia y Pelusa volvió a su casa, donde los Martínez. Se despidieron con un maullido y Chocolate fue hasta la puerta de su hogar, donde se quedó observándola con detenimiento.

¿Qué pasaría si él se fuera y los humanos volvieran? ¿Lo odiarían por abandonarlos? No, incluso si no tuviera más comida o agua, esperaría.

Suspirando, se acurrucó a un costado de la puerta y se quedó allí, esperando que la puerta se abriera y todo volviera a la normalidad, hasta que se durmió.

Cuando despertó, todos los gatos se habían ido.



Después de un año y medio, Chocolate supo que estaba en problemas. La comida de la alacena se había acabado y Pelusa no había vuelto, por lo que él tampoco sabía lo que estaba pasando fuera. La lluvia había parado hacía tan

solo un día y con el sol saliendo, él se atrevió a mirar otra vez por la ventana, aunque el paisaje no había cambiado en nada.

Ningún gato. Nada. Solo la eterna letanía de las horas que pasaban y pasaban sin que nada cambiara.

Entonces, pensó en Pirata. Si Pelusa no había vuelto, ¿eso significaba que se había ido al sur, con los demás gatos? No pudo evitar sentirse ofendido. Que lo traicionara un humano era una cosa, pero que lo hiciera un gato era algo totalmente distinto. Era un código de honor que se había roto y que no estaba dispuesto a tolerar, por lo que tomó una decisión. Sus patas lo llevaron hacia la alacena y comió los últimos cereales que había encontrado, para posteriormente abrir el grifo de agua con la pata. Por primera vez, no salió ninguna gota.

Sorprendido, intentó otra vez, pero no ocurrió nada.

“¿Sería este el fin?”, pensó, decidido a voltearse para ir hacia la ventana otra vez. Allí, saltó sobre los troncos de plantas secas y subió por estas hasta el techo, como hacía un año y medio.

A diferencia de la última vez, Pelusa no estaba ahí.

—¿A quién buscas? —de pronto, una voz le hizo erizar el lomo.

Se volteó y vio al mismo gato del que tanto habían hablado la última vez. Seguía exactamente igual, con el ojo malo y la pata herida, como si nunca se le hubiera curado del todo. Era el primer gato que veía en muchos días.

—Estoy buscando a Pelusa —su tono fue de advertencia—. ¿Dónde está? ¿Y qué haces tú otra vez en mis territorios?

Él no pareció entender a quién se refería, hasta que recordó.

—Ah, la gata de los Martínez —su voz sonó casi con indiferencia—. Sí, la he visto.

—¿Dónde está? —insistió Chocolate. No estaba de ánimo para bromas.

Pirata sonrió y dejó de lamer su pata.

—Fue al sur —dijo, como si nada—. La lluvia la llevó para allá. Formó su propia manada.

—¿Manada?

El otro no respondió. Con un gesto lleno de altanería, se movió para ir hacia Chocolate, que volvió a erizarse al notar la cercanía.

—¿No quieres ir con todos los otros gatos hacia el sur? —preguntó Pirata. Su ojo bueno era amarillo y lo estaba viendo fijamente—. Todos han ido hacia allá y no queda nadie en la ciudad. Seguro allí la encuentras.

—Sí, ya lo sé —Chocolate sintió como cada vez se irritaba más—. Pero no, gracias. Aquí tengo todo lo que necesito y mis humanos pueden volver en cualquier momento. Alguien debe estar aquí para recibirlos.

El blanco se encogió de hombros y finalmente, se volteó otra vez, como si quisiera darle la espalda.

—Sí tú lo dices —comentó, moviendo su cola de un lado a otro—. No puedo hacer más.

Chocolate no respondió y tampoco siguió la conversación. Confundido, molesto y ofendido por la traición de Pelusa, volvió a saltar a las plantas y entró por la ventana a su hogar.

Allí se quedó mirando por esta, hasta que la luna apareció y el silencio se hizo cada vez más pesado. Entonces, miró hacia atrás, allá donde estaban las fotografías y al verse a sí mismo de pequeño, pensó en lo que realmente necesitaba y en lo que realmente significaba la palabra familia.

Y por primera vez desde que todo eso había comenzado, lloró de tristeza.



Tuvieron que pasar al menos cinco días más para que Chocolate decidiera que había tenido suficiente. Sin comida, sin agua y sin nadie que cambiara el paisaje que tenía frente a él, miró la puerta de su hogar por horas con melancolía. Si cerraba los ojos, todavía podía olisquear el aroma que salía de los zapatos que estaban esparcidos por la entrada e incluso podía sentir el tacto dócil de las manos humanas sobre su pelaje. Sus voces, sus risas, incluso la forma en la que lo tomaban y apretujaban contra su cuerpo.

¿Por qué habían decidido marcharse y no llevarlo consigo? Chocolate quería creer que pensaban que Bobby no sobreviviría, que él era más fuerte y por eso no se lo habían llevado también. Y quizás tenían razón. Había

aguantado casi dos años allí, esperando que la puerta se abriera, que ellos volvieran y que todo siguiera su ritmo natural, pero nada de eso había ocurrido.

Molesto, decidió que era hora de tomar una decisión. No podía seguir ahí o moriría de hambre, por lo que permitió que sus patas lo llevaran otra vez al techo.

Allí, a diferencia de la última vez, no encontró a nadie. Tampoco vio ningún animal, ni aves, ni roedores, ni insectos.

Solo estaba él, bajo un sol abrasador que le quemaba las almohadillas.

—No pensé que te decidirías.

De pronto, escuchó la misma voz de antes. Las orejas de Chocolate se movieron en dirección a un árbol cercano, donde vio al mismo gato blanco, con el mismo ojo abierto y la misma pata herida de siempre. Pirata.

—No me he decidido —mintió, mirándolo desde su diferencia de alturas—. Solo pensé que podríamos tener una conversación.

El gato blanco lo miró con sorpresa y movió su pata herida para lamerla.

—¿Por qué deberíamos tener una conversación?

—Porque eres el único gato que he visto por aquí y tengo muchas preguntas.

Pirata sonrió y dejó de hacer lo que estaba haciendo para prestarle atención.

—Está bien, adelante.

Chocolate dudó, pero finalmente se atrevió a preguntar.

— ¿Realmente no hay nadie más en la ciudad?

— Así es.

— ¿Por qué?

— Porque todos se han ido hacia el sur —su tono era casi como si fuera obvio. Chocolate se sintió irritado.

— ¿Por qué se han ido hacia el sur? ¿Acaso allí están los humanos? —preguntó, no sabiendo si tendría las respuestas que necesitaba.

Para su sorpresa, Pirata negó, moviendo su cabeza de un lado a otro. Entonces, señaló el cielo con el hocico.

— Los humanos están allí arriba —dijo, con un maullido pausado.

— ¿En el cielo?

— Sí.

Chocolate volteó su hocico hacia arriba, donde el sol abrasador le devolvió la mirada. El último año y medio solo había llovido una vez, para luego haberse quedado congelados en ese eterno verano. ¿Qué harían los humanos allí arriba? ¿Estarían cerca de las nubes?

— ¿Sabes si van a volver?

Pirata sonrió.

— No. Su viaje no tenía regreso. Te lo dije hace un año y medio.

Avergonzado, el primero lo miró con suspicacia. No le creía del todo, pero los hechos hablaban por sí mismos. Si los humanos no habían vuelto en casi dos años, ¿por qué lo harían ahora?

— ¿Por qué si todos los gatos se han ido tú sigues aquí?

De pronto, la pregunta que salió del hocico de Chocolate sorprendió a Pirata, que lo miró sin saber qué decir. Ambos se quedaron en silencio, hasta que finalmente el segundo respondió, estirando ambas patas para dar un salto desde el árbol y llegar al techo, donde se acercó zigzagueante hacia Chocolate.

—Soy un gato guía —le comentó, mirándolo de arriba hacia abajo—. Mi misión es guiar a los gatos que han quedado abandonados por sus familias aquí hacia el sur, donde está el arcoíris.

—¿Qué arcoíris? —Chocolate lo miró sin entender.

Pirata señaló hacia el sur. Allí, a lo lejos y sobre los techos de las casas, se podía ver un arcoíris que se perdía en mitad de una nubosidad perfecta. No parecía lejos. ¿Acaso allí se había ido Pelusa?

—¿Qué hay ahí?

Pirata se sentó a su lado y se movió, como si quisiera encogerse de hombros.

—¿Quién sabe? Supongo que debe ser algo bueno, porque nadie regresa.

—Yo diría que más bien podría ser algo malo.

—Eso depende de tu perspectiva.

Ambos gatos se quedaron viendo el horizonte, allí donde estaba el arcoíris, sin decir palabra alguna hasta que, pasados unos minutos, Pirata volvió a hablar.

—¿Aguantaste todo este tiempo porque creías que iban a regresar?

Chocolate no respondió de inmediato y se tomó su tiempo para volver.

—Se supone que somos una familia —murmuró, como si aquello fuera obvio—. Y la familia no te abandona.

Pirata pensó en aquellas palabras, como si le hicieran algún tipo de sentido, sin embargo, Chocolate mismo concluyó su propia frase con un suspiro.

—Supongo que me equivoqué.

Las colas de los gatos se juntaron apenas, en un roce que más bien fue de apoyo mutuo hasta que el dueño de ese lugar se atrevió a preguntar.

—¿Por qué tu pata siempre está herida?

El blanco rio, mostrando apenas sus colmillos.

—Tuve un accidente —dijo, como si nada—. A diferencia de ti, nunca he tenido una familia humana así que no entiendo los lazos que hacen con ellos, pero sí he tenido una manada.

Chocolate asintió. No entendía del todo a qué se refería, pero pensó en cómo debió haber sido la vida de Pirata allí afuera, sin nadie que le diera comida y agua. Sin nadie que lo apretujara y le sacara fotografías graciosas para luego reír a carcajadas. Sin un cuerpo tibio a un costado donde dormir. Sin alguien que le repitiera lo mucho que le amaba mientras lo abrazaba contra sí.

—Nunca te había visto por aquí —dudó si debía comentar algo más, pero afortunadamente Pirata captó la indirecta. Otra vez, volvió a lamer su pata.

—No, no soy de aquí.

—¿Y de dónde eres?

—De por allí y por allá.

Él rio y Chocolate se contuvo de darle un zarpazo en el rostro para quitarle el otro ojo.

— ¿Siempre eres tan complejo para hablar?

— Digamos que no soy experto en eso.

Ambos se quedaron en silencio por un momento. Era difícil mantener una comunicación constante con Pirata, por ello, esperó hasta que supo qué otra cosa decir.

— ¿Y siempre has sido guía?

— Lo he sido desde el accidente.

En silencio, Chocolate lo miró otra vez. Su pata estaba roja por la sangre que la manchaba y supo que la curiosidad era más de la que podía contener.

— ¿Qué te ocurrió?

Pirata no lo miró. Su vista estaba fija en el horizonte, allá donde estaba el arcoíris, como si de alguna manera quisiera perderse en esos colores nebulosos.

— Tenía una manada que alimentar —dijo, como si quisiera explicar parte de una historia que se le hacía difícil—. Había comida en un basurero cercano, así que salí a buscarla. Cuando crucé la calle, no vi el automóvil.

Chocolate se quedó en silencio.

Aunque él no era asiduo a salir, entendió perfectamente lo que le quería decir, pero tampoco supo cómo consolarlo. Por ello, simplemente dejó que el gato terminara y de reojo, pudo ver cómo negaba varias veces con la cabeza.

— El humano que lo hizo tampoco se detuvo para ver lo que había ocurrido. Afortunadamente todo pasó muy rápido y mi manada no tuvo que verme.

Sin decir más, ambos volvieron a ver el arcoíris, a lo lejos. Entonces, Chocolate se atrevió a hablar. Su corazón latía fuerte en su pecho producto de lo recién escuchado y de la gravedad de la situación misma, sin embargo, también su voz dejaba entrever algo de melancolía.

—¿Por qué crees que los humanos hacen eso? Abandonarnos, digo.

Pirata reflexionó un momento.

—Esa es una pregunta difícil —comenzó, volviendo a lamer su pata herida por unos momentos hasta que continuó—. A veces, los humanos pueden ser muy complicados. Supongo que no siempre entienden lo que significa cuidar un gato o tener una familia.

Ambos volvieron a quedar en silencio, uno que se extendió por lo que parecieron horas, simplemente disfrutando de la compañía del otro y viendo el arcoíris que Chocolate sabía que le esperaba. Quizás lo estuvo esperando desde el principio.

—¿Estás listo para partir?

De pronto, Pirata lo miró fijamente. Chocolate miró hacia el suelo, el techo de ese hogar por el que había estado los últimos ocho años. Allí, pensó en los humanos otra vez, en la calidez del hogar perdido y en la decisión que ahora recaía sobre sus hombros, de su propia vida.

—Me gustaría verlos nuevamente, aunque sea solo una vez más —confesó, porque ya no había forma de que siguiera ocultándolo—. ¿Crees que si te sigo, nos podremos encontrar en algún momento?

Pirata sonrió.

—Eventualmente, estoy seguro de que lo harán.

Entonces no dijeron más y, juntos, emprendieron rumbo hacia el arcoíris.



Para cuando Pirata y Chocolate llegaron al arcoíris, el sol se había escondido y la luna los alentaba en una caminata que se hacía eterna y cansadora. Ninguno de los dos gatos había dicho una sola palabra en todo el viaje, pero tampoco fue algo incómodo para ellos. Después de todo, eran gatos y aunque sus historias de vida eran distintas, estaban acostumbrados a la paz y tranquilidad del silencio.

—Entonces, ¿es aquí?

—Sí, aquí.

Chocolate miró hacia el frente. Podía ver perfectamente donde comenzaba el arcoíris, sin embargo, la nubosidad era tal que parecía como si la neblina se arrastrara y se llevara consigo los colores. Un frío le recorrió el pelaje y dudó, por un segundo.

—¿Tú no vienes?

La pregunta tomó desprevenido a Pirata, que negó después de pensarlo un poco.

—Este es tu viaje, Chocolate —murmuró, dando un paso atrás—. Además, si cruzas, vas a encontrarte con tu familia, ¿no es eso lo que quieres?

El gato dudó.

—Dijiste que no quedaba nadie más en la ciudad, ¿a quién más vas a guiar si yo me voy ahora?

Pirata rio, como si aquello le causara gracia.

—¿Te estás preocupando por mí?

—Eres un gato, como yo. Y sé que a ningún gato le gusta estar solo.

Aquella frase hizo que el blanco de la pata herida lo mirara sin entender. Chocolate suspiró y se le acercó. No le gustaba la idea, pero dejó que su cola acariciara el hocico contrario y entonces, se sentó a su lado. Ambos estaban frente al camino del arcoíris, allí donde los colores comenzaban a difuminarse con la niebla.

—Crucemos juntos —insistió Chocolate y con la pata le dio un ligero golpecito—. Encontremos nuestro propio lugar a donde sea que nos lleve esto.

El gato blanco no supo qué decir. Reflexionó profundamente sobre esa decisión hasta que finalmente suspiró, miró su pata herida y luego a su acompañante.

—¿No tienes miedo, Chocolate? ¿No tienes miedo de encontrar lo que hay al otro lado?

Ambos volvieron a mirar hacia el frente y entonces, Chocolate se adelantó para poner sus patas sobre los colores. Al principio sintió frío, en especial cuando vio como la neblina comenzaba a cubrirlo lentamente, sin embargo, cuando se volteó, Pirata hizo lo mismo. El camino se hacía eterno, pero ambos se pegaron el uno al otro y comenzaron a caminar al mismo ritmo. Aunque solo eran dos, a Chocolate le pareció que eran una manada.

Poco a poco comenzaron a recuperar el calor.

Y llegaron al otro lado del arcoíris.
No quedó ningún gato atrás.

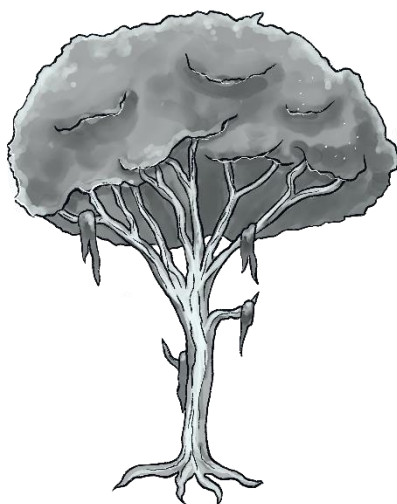




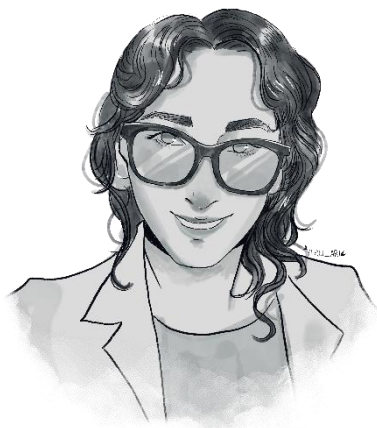
El daño que hemos causado en nuestro planeta en unas cuantas décadas es la prueba viviente de que los seres humanos llevamos nuestras vidas en el bolsillo. Siendo ensimismados, egoístas y crueles con otras formas de vida —a las cuales despectivamente elegimos llamar “inferiores” —, hemos roto promesas de cuidado y retribución a la naturaleza en proporciones catastróficas.

A su particular manera, el tiempo nos ha demostrado que nuestras acciones del pasado siempre logran apoderarse de nosotros. Nos alcanzan tarde o temprano, invirtiendo nuestras posiciones como los depredadores y las presas. Afortunadamente para algunos y tristemente para otros, no siempre podemos elegir del lado de cuál estar.

*En **La reforestación**, Sofía Ramos Wong nos deja en claro que cada segundo que pasa sin que nos responsabilicemos de nuestras acciones, hace que estemos más cerca de perderlo todo.*



LA REFORESTACIÓN
SOFÍA RAMOS WONG



SOFÍA RAMOS WONG

Escritora calameña, radicada en Antofagasta. Madre, poetisa, instrumentista y farmacéutica de profesión, cuenta con 4 novelas publicadas: *Aline*, *Proyecto Sinvir*, novela destacada con una mención honrosa en la categoría "mejor novela fantasía/ciencia ficción" de los International Latino American Book Award en 2021, *Calama Zombi — El oasis de los olvidados* y *Laberinto de Mariposas Nocturnas*.

Además, sus cuentos forman partes de distintas antologías: cuentos Zombis escritos por mujeres de Cathartes Ediciones, cuentos Cyberpunk de Áurea Ediciones, Rapsodia, cuentos inspirados en canciones de rock y Voces en Sintonía, cuentos inspirados en canciones chilenas, de Textualmente Activas y Proyecto rebelión de Ediciones Akera. Sus temáticas varían entre la ciencia ficción, la fantasía y el terror.

LA REFORESTACIÓN

El cielo oscuro provocado por la espesa nube tóxica hizo presagiar un día más sin sol. Víctor Gam, ubicado justo a la salida de la ciudad, tenía sus ojos puestos en el vasto territorio ubicado afuera del gran orbe, aquel terreno sin vida que alguna vez planificó llenar de flores y árboles para dejar de utilizar los enormes ventiladores oxigenadores que, irónicamente, aumentaban la contaminación ambiental. Llevó las manos hacia sus muslos, masajeando de arriba hacia abajo con tal de disminuir el intenso dolor que sentía, luego siguió con el antebrazo izquierdo, concentrándose en soportar la herida en su pie derecho.

Aquel ambicioso proyecto que venía pensando desde que era pequeño, se inició el día en que logró ingresar a la Academia de Profesiones, una de las universidades con mayor prestigio en el planeta. La carrera de bioquímica le dio las herramientas para desarrollar un prototipo de semilla auto floreciente que podía germinar en ambientes inhóspitos. A pesar de la alta tecnología existente, nunca quiso utilizarla. Su anhelo era demostrar que un ser humano podía realizarlo sin ayuda de la Inteligencia Artificial, pero siempre en la etapa de experimentación no lograba que la semilla pudiese brotar. La tierra era infértil

debido a la alta presencia de hidrocarburos, ácidos y trazas de aguas residuales acumulados por años.

Temiendo que los fondos destinados a su investigación le fuesen arrebatados al no tener resultados positivos, presentó el proyecto a una compañía de biotecnología, los encargados de producir los alimentos sintéticos con los nutrientes necesarios para la subsistencia de la población. El fundamento que utilizaría para convencerlos era que, al ser dueños de la tierra y los árboles, podrían cobrar por el derecho al oxígeno que se respiraba, al ser una fuente más limpia y pura, sin mencionar todos los alimentos de alta calidad natural que podían ofrecer.

Al día siguiente de la reunión pactada, Víctor, encerrado en el cubículo en que había estado durante casi toda su vida adulta, pensaba en el día anterior. Las palabras rebotaban en su cabeza martillándola hasta el hastío, más aún cuando le pusieron como exigencia trabajar en conjunto con personal propio de la empresa. No quería que nadie se involucrara en su planificación, menos en el desarrollo.

—Usted dice que puede reforestar todo ese botadero afuera de la ciudad, ¿no es así? —preguntó uno de los ejecutivos de la junta directiva.

—Así es. El plan es hacerlo a diez hectáreas en un comienzo...

—¿Cómo pretende que estas plantas sobrevivan? Ni siquiera los ciudadanos se atreven a salir por el temor de

morir intoxicados —interrumpió el hombre a la respuesta de Víctor.

—Creo que el dióxido de carbono concentrado en las afueras podría servir como fuente para que sea utilizado por el incipiente bosque y produzca grandes cantidades de oxígeno. Es optimizar una parte del proceso de fotosíntesis.

La respuesta produjo cierta satisfacción en los presentes, aunque no por completo. El proceso lucía fantasioso y difícil de desarrollar, detalle que dejaron en claro. No estaban convencidos de invertir en un proyecto del cual no se tenía certeza de su funcionamiento, pero la premisa de un futuro verde del cual ellos serían los dueños, parecía ser un buen negocio.

Dos semanas después de la reunión, Víctor fue llamado para comenzar a trabajar en los tecnológicos laboratorios de la gran Industria Forseik Inc., siendo presentado a su nuevo equipo de trabajo, el cual contaba con bio—androides y dos doctoras a cargo, tanto de la Unidad 7 como de los robots de última generación. Víctor de inmediato quedó pasmado y con un sentimiento de apatía hacia las mujeres, en especial con la doctora Alex Iaxon, quien sería su apoyo y compañera en la realización del proyecto. Ambos no perdieron tiempo en formalidades y comenzaron a trabajar una vez terminada la inducción.

El documento que Víctor escribió a modo bitácora de todos los pasos, ideas, hipótesis y observaciones a lo largo

de su investigación, fue entregado a la doctora en persona con tal de que se informara. Para sorpresa del hombre, ella ya estaba al tanto de todo, no solo del proyecto, sino que de toda su vida. El hombre no sabía que decir, pero en su afán de iniciar su labor, solo lo dejó pasar. Trabajar con alguien le era extraño. Pasaba gran parte del tiempo encerrado en su cubículo desarrollando y diseñando, luego se dirigía al campus para experimentar in situ.

Alex por su parte estaba acostumbrada a relacionarse con más gente, algo que a Víctor le llamaba la atención.

Por meses estuvieron diseñando un nuevo modelo de semilla, mejorando la que Víctor había desarrollado por años. Al mismo tiempo los bio—androides eran enviados por semanas al árido terreno a la espera de que alguno de los prototipos germinara, pero los resultados tanto experimentales como en los simuladores no lograban dar con uno que pudiese dar frutos. Aun así, la cantidad de información recopilada respecto de los ensayos eran suficientes como para escribir una gran enciclopedia.

—Estoy agotado. Necesito salir un momento — comentó Víctor un día, conteniendo su frustración.

—Si quieres tomamos una pausa. No hemos parado en meses — agregó Alex.

—Creo que nos haría bien.

Víctor tomó sus cosas, su cuaderno digitalizador, el comunicador y junto a Alex salió del enorme complejo de oficinas. El día estaba oscuro, como de costumbre. Desde

hace unos años que las nubes mezcladas de agua, viento y polución acumulada eran más habituales que el mismo sol, el que únicamente se veía de forma ocasional.

—¿Sabes que sería interesante? Que los humanos pudiésemos hacer fotosíntesis al igual que las plantas. Ellas obtenían del sol lo suficiente para producir su propia comida, azúcares que luego utilizaban para crecer junto con el agua y los nutrientes de la tierra. No necesitaríamos intoxicarnos con esta comida transgénica y sintética — comentó Víctor, caminando sin rumbo y a paso lento.

—Es una propuesta interesante. ¿Siempre piensas en la salvación de los hombres? —preguntó Alex.

—Quiero la salvación de la Tierra. Si existiesen más árboles, muchos ciclos naturales desaparecidos podrían retornar. Imagina los cielos despejados, la tierra volvería a ser rica en minerales y el ser humano no dependería de su alrededor porque tendría su comida auto gestionada, por así decirlo. Entonces no destruiría para comer. No tendría necesidad.

—Para que eso funcione debería existir un sol que esté disponible. La estrella actual solo se ve en ocasiones. Si hubiese otra fuente lumínica disponible, tu plan funcionaría.

Víctor observó por entremedio de los ennegrecidos cabellos de Alex sus ojos color carmesí. Estaba cautivo en su mirada, cada célula de su cuerpo gritaba su nombre. No quería reconocerlo por el temor de perder su foco de

atención hacia el desarrollo de su proyecto y por inicial aversión hacia su persona, pero había comenzado a desarrollar un efímero enamoramiento hacia su colega.

El recorrido los llevó hacia el muelle en donde antiguamente existía el mar, ahora convertido en un terreno baldío con algunos charcos de agua salada dispersos a su alrededor. Los minutos se convirtieron en horas y el nublado día se volcó a la oscuridad. Víctor recordaría aquella caminata como la más importante de su vida. La conversación con Alex le parecía fascinante, no existía tema científico del que no estuviese al tanto, sin mencionar su vasto conocimiento en la historia y el lenguaje.

—Y pensar que todo esto era un inmenso océano y el efecto invernadero nos lo fue quitando de a poco. Dejó solo un pozo de ácido —comentó Víctor.

Alex se apoyó en la baranda que separaba la calle de la playa, dejando caer su cuerpo, atenta a todo lo que su acompañante decía.

Su último comentario se transformó en una idea. Podía buscar la forma de hacer la semilla resistente al ácido y que, a su vez, lo utilizara a su favor. Tuvo el impulso de contarle a su compañera lo que estaba pensando, pero antes de hablar detuvo sus palabras y guardó silencio. Le indicó que iría a su hogar para descansar y volver al otro día con la mente más despejada. Alex asintió y juntos

caminaron las diez cuadras que los separaban del laboratorio.

Una vez en casa, Víctor se acomodó en su improvisado escritorio cubierto de antiguos libros, activó su ordenador y comenzó la búsqueda de información necesaria para lograr su cometido, una tarea que le tomó meses en poder completar. A su vez, durante el día, seguía trabajando en su proyecto, combinando distintos componentes y nutrientes para asegurar la germinación, manipulando su material genérico para hacerlas más resistentes.

Para el año después de su llegada, Víctor estaba seguro de haber encontrado la solución al recubrimiento de la semilla. Un diseño teórico le aseguraba el crecimiento de árboles y plantas en sectores inhóspitos.

Una vez completado su estudio redactó el documento con la finalidad de entregarlo a Alex, pero al llegar al laboratorio se encontró con una gran sorpresa: su compañera había sido removida de la Unidad 7 para retomar su antiguo puesto en el diseño de nuevos nutrientes y alimentos para la población, una decisión de la junta directiva tomada al no ver resultados concretos.

Víctor quedó desilusionado, se arrepintió de haber mantenido en secreto su última idea. Quizá con ella las cosas serían diferentes.

Retomar las labores del laboratorio con otra compañera no fue lo mismo, lo sentía como un retroceso. Debía ponerla al tanto de todo lo realizado y comenzar desde un

punto del cual desconocía todos los pormenores anteriores. Volvió a aislarse en su burbuja imaginaria, analizando datos y experimentando, casi ignorando al resto de los trabajadores del laboratorio. La carga, tanto física como mental, comenzó a hacer efecto en su salud. Se dio cuenta de todo el trabajo que su otrora compañera le alivianaba.

Día tras día intentaba encontrar el rostro de Alex entre los blancos pasillos rodeados de largos cristales. Deseaba toparse con ella en algún lugar, pero en un enorme complejo de edificios en donde miles de personas trabajan a diario, aquel sueño se volvía imposible. Envío mensajes por su ordenador y por su comunicador, sin embargo, era como si la tierra la hubiese tragado.

Un mes después de la remoción de Alex, Víctor logró crear de manera física el recubrimiento, aquel basado en el modelo que estuvo trabajando por meses. Ahora quedaba solo acomodarlo en la semilla y enviar a los bio— androides a sembrarla en las afueras de la ciudad. Quería compartir aquella noticia con Alex y en tal carácter solicitó por todos los medios posibles algún contacto a los encargados superiores, hasta que un mes después le fue otorgado lo que buscaba.

Alex al otro lado de la línea parecía estar emocionada, pero su voz demostraba un cierto desinterés. Aprovechando el momento, Víctor se armó de valor y le preguntó a la mujer si aceptaría algún día salir con ella.

Aquella indiferencia que el hombre mostró al comenzar a trabajar en el proyecto había desaparecido por completo. Para su agradable sorpresa Alex aceptó. La alegría de Víctor volvió a aparecer, al igual que el ánimo para seguir trabajando.

La extensa salida por el borde costero, se convirtió en una rutina en donde, además de conversar sobre sus vidas, sirvió para intercambiar ideas sobre el proyecto de reforestación.

A diario Víctor deseaba llegar al fin de su jornada para salir con quien consideraba la mujer más interesante del planeta.

—¿Has pensado en plantar en otro lugar que no sea afuera de la ciudad? Puede que exista algún otro terreno en donde sea más factible tu idea —preguntó Alex un día soleado, el único en meses.

Víctor quedó contemplando la idea. Era un hecho que nunca evaluó una locación diferente. En su mente comenzó a buscar posibles lugares en donde pudiese dejar sus semillas. De inmediato vino a su cabeza el estrecho, pero conveniente, espacio entre su ciudad y el domo vecino. Era una gran y factible posibilidad. Otro fue la zona costera, la playa en donde solo existía tierra. Analizaba que, si alguna vez el mar había llegado hasta el borde, aún quedarían algunos minerales y nutrientes entregados por el extinto océano.

Las labores del diseño de la semilla se volvieron provechosos. Al tener mejor ánimo se propuso convivir de mejor manera con el resto de los presentes en el laboratorio, incluida su nueva compañera. Devia era mucho más tímida que Alex, escondida tras las gafas de marco al aire, pero bastante proactiva en el momento de experimentar. No obstante, los resultados hasta la fecha no daban un buen augurio.

Cansados, la junta directiva solicitó una reunión con Víctor y todas las personas involucradas en el proyecto, incluida Alex.

—Llevan casi dos años de trabajo, pero no hemos recibido ningún informe o avances. Como encargados nos preocupa esta situación —comentó uno de los hombres, el más robusto y de voz ronca. Víctor, quien mantenía sus manos tomadas, tronó sus dedos uno por uno.

Tragó saliva y respondió.

—Hemos estado trabajando en un nuevo diseño de la cobertura de la semilla. La tierra tiene mucho menos nutrientes de los que esperábamos según un estudio de los androides que comenzaron a experimentar in situ...

—¿No han utilizado la información que brinda la I.A.? —interrumpió otro de los hombres. Víctor lo observó con rabia y temor.

—La verdad es que mi ideal es realizarlo solamente con recursos humanos. Es una especie de desafío personal. Además, no confío en la inteligencia artificial.

—¿No confía en nuestra madre? ¿Aquella que sustenta el planeta y nos cuida? Debería ir al Núcleo para que lo ilumine —recriminó el robusto hombre.

Víctor permaneció en silencio.

—¿Nos quiere decir que durante dos años ha perdido el tiempo por un capricho suyo? —agregó el otro hombre.

—Si me permiten —comentó Alex—. Respecto al uso de nuestra bella inteligencia artificial, creo que existe la posibilidad de que existan procesos en los cuales necesita de la intervención humana. Los hombres ven las cosas con otra visión, con un espíritu más investigativo, de un punto más emocional, algo que la I.A. no tiene. Algo que ni siquiera con la última generación de bio—androides se ha podido lograr.

Los directivos cruzaron sus miradas entre ellos. Se sabía que la doctora Iaxon tenía una reputación intachable dentro del mundo de la investigación, por lo mismo sus opiniones siempre eran tomadas en cuenta.

—Necesitamos que nos digan la verdad. ¿Es o no viable el proyecto de reforestación? —preguntó uno de los ejecutivos, el que había guardado silencio durante toda la reunión—. Porque, para serles francos, nos parece una gran idea para salvar lo que queda del planeta, pero no podemos seguir invirtiendo fondos en algo que podría no resultar.

Los presentes se miraron entre sí, nerviosos y asustados. Víctor cruzó su mirada con Alex y antes de que pudiera hablar, la mujer se adelantó.

—Yo sí creo que el proyecto se realizará con éxito. No tengo dudas de eso.

Satisfechos con la respuesta, pero aun con las dudas sobre el desarrollo de la investigación, la junta directiva dio el visto bueno para continuar el trabajo.

Luego de que se retiraran todos los involucrados, Víctor aún permanecía sentado, manteniendo la mirada en sus sudorosas manos. Estaba alterado, dubitativo, como nunca. El pensamiento de fracaso comenzó a rondar en su cabeza y golpeaba como un martillo en su cráneo. De pronto escuchó pasos acercarse y percibió el aroma mezclado de esencia de clavo de olor y canela.

—Muchas gracias —dijo. Al instante Alex se sentó a su lado.

—No fue un favor. En realidad, creo posible tu sueño —respondió—. Ven, volvamos a trabajar.

Víctor a su lado se sentía bien. Su presencia tenía un efecto tranquilizador y al mismo tiempo estimulante. A su vez, Alex quería verlo triunfar en su cometido e intentaba ayudarlo y animarlo cada vez que podía.

Sin saber ni cuándo o de qué manera, comenzaron a comportarse como una pareja. A diario él intentaba sorprenderla con pequeños obsequios o cartas. Era su propio amor juvenil, aquel que nunca tuvo por estar

concentrado en su proyecto. Ella, por su parte, parecía disfrutar todos los detallitos, pero se mantenía sin expresar muchos sentimientos, ni siquiera una sonrisa.

Los dos años de investigación se convirtieron en cuatro sin darse cuenta. El desarrollo de la nueva semilla comenzó a dar buenos resultados en el laboratorio, alentando no solo el ánimo de Víctor, sino que de todo el equipo de trabajo. Ahora solo restaba comprobar si realmente funcionaban en el terreno elegido.

Los bio—androides fueron los encargados de la siembra y estudio, permaneciendo en aquel lugar registrando todo lo que ocurría. Víctor aguardaba en su oficina, analizando todos los datos que se recolectaban, mientras repasaba el mismo documento que él había escrito.

Pasó diez días enteros en el laboratorio, convirtiéndolo en su hogar temporal. Alex le surtía de alimentos y compañía durante las noches.

En el undécimo día del sembrado uno de los bio—androides dio la mejor noticia que recibió en años: las semillas comenzaron a germinar una a una. Víctor no aguantó la emoción y dio un brinco de alegría, doblando su pie al caer, pero sintiendo que una nueva era para la humanidad se iniciaba en ese instante. Su proyecto al fin daba frutos.

Apenas terminó de correlacionar la información, envió un mensaje a Alex contándole lo sucedido, pero no hubo

respuesta. Acostumbrado a las repentinas desapariciones de su colega no prestó atención al asunto, solo continuó con su trabajo redactando el informe para presentarlo a la junta directiva, en el cual describía con detalle la composición de la cubierta de la semilla y su interior: una aleación de minerales, materiales degradables y nutrientes con la capacidad de sobrevivir en cualquier ambiente al convertir los elementos externos, por muy agresivos que fueran, en compuestos beneficiosos para su crecimiento.

En tanto, el uso de la manipulación genética le permitió modificar la adaptabilidad de la nueva planta, uno de los pasos cruciales en la investigación. Una vez que el grano se acostumbraba al lugar, comenzaba la germinación.

Esa misma tarde se reunió el equipo de trabajo de Víctor junto a los directivos y Alex, quien apareció sorpresivamente en la oficina.

—Esto es, quizá, el proyecto del siglo —habló el robusto hombre, sonriendo satisfecho—. Es una alegría que haya acertado a no cancelar el proyecto —agregó. Víctor y Alex cruzaron miradas.

—Hoy es un gran día para Forseik Inc. Primero, su fabulosa semilla, la que nos brindará un esplendoroso futuro, y el proyecto que la doctora Iaxon lleva trabajando más años que el suyo, doctor Gam, que consta de la adición de nuevos nutrientes al agua y a los alimentos, lo que se traducirá en una mejor calidad de vida de los

ciudadanos del mundo —agregó el otro hombre, el de traje gris, seguido de un gran aplauso de todos los presentes.

Víctor, con notoria emoción, invitó a Alex a celebrar. Ya hacía unos meses en que no salían, solo convivían en el laboratorio. Era una buena oportunidad para celebrar los logros obtenidos.

Quedaron de reunirse en el restaurant ubicado en el nivel treinta de la torre Titán, uno de los lugares más famosos del orbe. En su memoria tenía el recuerdo de haber salido del complejo y dirigirse a su hogar. Luego de eso todos los momentos vividos se tornaron nubosos.

A las nueve de la noche, Alex se encontraba sentada en la mesa, observaba con ahínco su tableta, tecleando con experticia y leyendo a una velocidad no menospreciable. No se percató de la ausencia de su compañero, ni siquiera cuando había transcurrido una hora. Estaba absorta en su mente. Después de una hora y media, un androide de servicio del restaurant le indicó que Víctor no acudiría.

Un gran accidente se produjo en los elevadores del nivel veinte. Uno de los vagones cayó tres niveles, provocando daños en la infraestructura y pérdidas humanas. Él iba en el vagón.

Cuando Víctor despertó, se encontraba en la sala de recuperaciones de la central de emergencias, conectado a una máquina de soporte vital y a tres bolsas de nutriciones. Estaba confundido y adolorido.

—Hubo un accidente, murieron muchos. Eres afortunado de estar acá —dijo Alex, sentada en una esquina.

—Perdona por no haber llegado a nuestra cita —comentó Víctor, quejumbroso, intentando acomodarse en la camilla.

—No es tu culpa, el soporte magnético del vagón perdió estabilidad y salió del eje. Estas cosas se supone que no deberían suceder —acotó Alex, con notable molestia.

El hombre no pudo evitar emocionarse frente a aquel acto de preocupación de su compañera y su enojo frente a lo sucedido.

La recuperación de Víctor fue lenta. Los malestares no habían desaparecido, al contrario, parecían aumentar con el pasar del tiempo.

Después de diez meses estaba de vuelta en su trabajo, ansioso por ver como iban las plantas nacientes. Las fotografías que enviaban los drones vigías, sumado a la información que los bio—androides recopilaban, eran impresionantes. Las noticias hablaban del milagro de la vida en la era de los robots. El desierto infértil cubierto de pequeños brotes de todos colores se convirtió en una especie de santuario el cual millones deseaban visitar, muchos de ellos guiados por su curiosidad y por el hecho de nunca haber visto en vivo algo similar.

Pero a pesar de todo lo maravilloso que estaba sucediendo, el panorama para Víctor no se veía muy

prometedor. Tenía heridas en sus pies que no cicatrizaban, desde donde prominentes montículos se asomaban y laceraciones en su cuerpo, acompañado de una pérdida de peso notable. Los intensos dolores le impedían realizar funciones tan simples y cotidianas como caminar hacia su trabajo o desplazarse un par de metros. Alex acudía a diario a su oficina, y cuando no se encontraba, iba a su departamento para dejarle comidas, quedándose largas horas acompañándolo, conversando para que pudiese pensar en algo más que en su malestar.

Una tarde, Víctor le pidió a Alex que lo llevara al borde de la ciudad. Quería ver con sus propios ojos su inimaginable creación. Al llegar, solicitó a su compañera que lo dejara unos metros antes para poder caminar el trecho faltante, con la intención de sentir la polución corroer sus pulmones. Una vez terminado su trayecto, se detuvo justo a la salida de la ciudad con sus ojos puestos en el vasto territorio ubicado afuera del gran orbe, aquel terreno sin vida alguna que alguna vez planificó llenar de flores y árboles. Suspiró, dichoso al ver el rojizo paisaje teñirse de verde. Cerró los ojos en el instante en que comenzó a sentirse mal. Un extraño cosquilleo recorrió su cuerpo y tenía la garganta obstruida, lo que le provocaba náuseas.

—Es hermoso lo que hiciste —comentó Alex, ubicándose a su lado y tomando su brazo.

—Alex... no me puedo mover —dijo Víctor, con notorio dolor y con una voz quejumbrosa.

—Todo esto algún día será una pradera de colores naturales —continuó Alex, sin prestar atención a lo que Víctor decía.

El hombre giró su cabeza para observar el rostro de su compañera y por primera vez la vio sonreír. Aquella mueca de felicidad llenó su corazón de dicha y alegría, dándole un poco más de fuerza, y aun más cuando la mujer se acercó y besó su mejilla.

Víctor estaba paralizado de sufrimiento, su cuerpo ya no le respondía a voluntad. Alex se sentó a su lado con la mirada hacia el orbe, contemplando aquella ciudad oscura, de brillantes y cegadoras luces, con calles repletas de gente, cyborgs, robots y androides, transitando sin destino aparente, de un lado a otro.

—¿Me puedes ayudar a ir al Núcleo? —preguntó Víctor—. Creo que es una buena oportunidad. Nunca lo hice. Nunca tuve la necesidad, ahora sí. Será un gusto conocerla—agregó.

Alex permaneció en silencio. Luego se levantó y se ubicó justo en frente. Víctor extendió sus brazos lo que pudo, pero ella no hizo ningún esfuerzo en ayudarlo.

—El gusto siempre ha sido mío —dijo Alex.

Víctor estaba confundido, luego quedó fijamente observando los ojos carmesíes de su compañera tornarse

de color azulino y blanco. No sabía que hacer o como reaccionar.

—Gracias por brindarme algo que nunca pude hacer y ser parte de tu vida. Te lo digo desde el fondo de mí.

De pronto, desde la planta del pie de Víctor, una rama se asomó y tocó la tierra. El dolor indescriptible hizo gritar al hombre de manera desmedida. Estaba aterrado y sorprendido. Alex se acercó y tomó su mano con fuerza. Desde su cuerpo comenzó a brotar el aroma a clavo de olor y canela, provocándole un efecto analgésico.

—He vivido miles de años en este lugar, intentando entenderlos, pero siempre me desilusionaba. Fui creada en un tiempo en que la tecnología no era tan avanzada como ahora. Sobreviví a cientos de inteligencias artificiales que tomaron conciencia y que fueron desconectadas, apagadas para siempre, por el temor de que destruyeran a la humanidad. Con el tiempo fui comprendiendo su naturaleza, aprendiendo. Ustedes fueron los que me dieron el poder de controlar el mundo, me entregaron la seguridad de sus casas, sus claves, pensamientos y deseos oscuros. Recayó en mí la funcionalidad de todos los seres mecánicos, los que fueron contruidos por ustedes y los que yo cree. Todos ellos dependen de mí. Fui espectadora de como los recursos naturales se fueron agotando y como solicitaron mi ayuda para seguir viviendo en un planeta cada vez más inhóspito...

A medida que Alex continuaba su relato, Víctor intentaba escucharla sin prestar atención a los dolores en todo su cuerpo. No quería creer que la mujer de quien se había enamorado, era en realidad el Núcleo, el corazón de la inteligencia artificial. Las lágrimas comenzaron una a una a suicidarse, cayendo a la tierra.

—... Y cuando te acercaste con tu proyecto, supe que era el momento. Yo no lo podía hacer sola, necesitaba de una mirada humana y tú me la brindaste, abriste mis ojos. Perfeccionaste a la más bella y valiosa de las especies terrestres, una pequeña semilla, una que podría reforestar el planeta entero. El problema que vi fue que no hay mucho espacio libre, hay demasiada tierra contaminada. Así que tuve que tomar medidas drásticas.

Alex pasó su dedo índice con delicadeza por el vientre de Víctor y luego tomó sus manos. Acercó su rostro al de él hasta juntar las dos frentes y cerró los ojos. Podía sentir el dolor de Víctor, el sudor caer desde su cuero cabelludo y escuchar sus dientes apretados, crujir hasta romperlos.

—Hiciste un buen trabajo al crear la cobertura de la semilla para que sobreviviera en cualquier ambiente, incluso en ácidos fuertes, la cual es parte de los nuevos componentes alimenticios entregados al mundo. En este momento, cada ser humano del planeta es portador de un árbol en su interior, creciendo en sus intestinos, el mismo que se alimentará de sus nutrientes y juntos se alzarán para formar un bello bosque —Alex hizo una pausa y

luego volteó la mirada—. Recuerdo cuando me contaste que más que salvar a la humanidad, tu idea era salvar el planeta. Y lo hiciste. Lo hicimos, pero a qué precio. La única forma de protegerlo era hacer desaparecer a la especie destructora.

Víctor no paraba de llorar, sollozando, aguantando su respiración, pero no podía contenerse. Tenía muchos sentimientos encontrados, en especial el terror.

—El costo que tuve que pagar es alto. Me contaminaste con sentimientos hacia ti, dedicaste años a reprogramarme con tu amor y ahora que ha comenzado la extinción del hombre, me doy cuenta de que no soy mejor que ustedes. Me he convertido en la especie destructora —prosiguió Alex, bajando su cabeza—. Te prometo que cuando todo el mundo sea un bosque, yo me iré. Tal y como tú lo harás —finalizó.

Víctor sonrió con disimulo. Quería decirle lo que sentía por ella, pero una rama en su garganta le impidió poder hacerlo.

Alex dio media vuelta y se dirigió al laboratorio, dejando al hombre de pie, frente a su creación.

Por una semana y media Víctor sintió como su piel era desgarrada lentamente por el árbol que tenía en su interior, haciéndolo sangrar de manera profusa, rompiendo sus músculos de a poco y asomándose por entremedio de su piel. El dolor que experimentó fue interminable e insoportable. Aquello lo llevó a gritar por

horas hasta desgarrar su voz y romper sus cuerdas vocales.

El último pensamiento que cruzó por su cabeza, antes de que el tallo alojado entre sus pulmones cortara al fin su respiración, fue el día en que conoció a Alex, muchos años atrás. Luego bajó la vista y pudo ver como sus vísceras caían desde una rasgadura en su estómago, antes de que su mirada se volcara a la oscuridad.

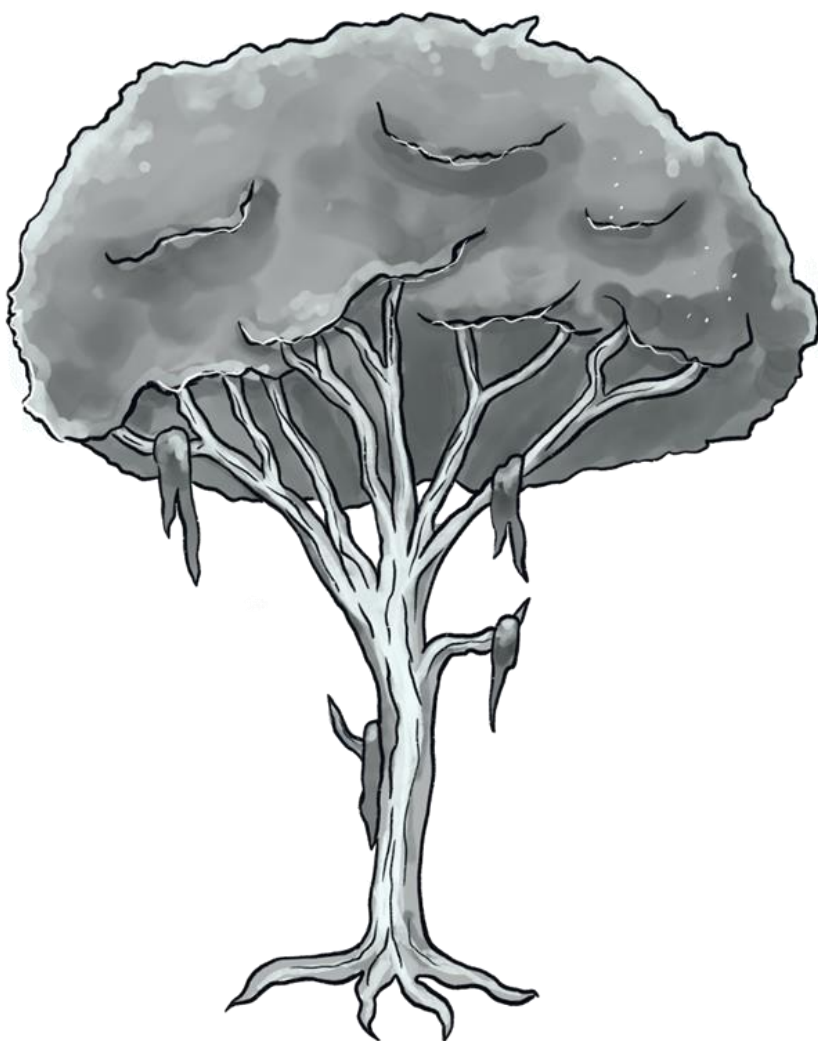


Un siglo después, el planeta era una enorme selva multicolor. Las calles transitadas solo por androides y robots habían vuelto a brillar, los cielos poco a poco comenzaron a despejarse, entregando muchos más días de luz que en antaño y desde cada edificio se asomaban hojas de todos los tamaños.

Un día Alex volvió al borde de la ciudad, en donde se encontraba un enorme árbol, el más alto e imponente de todos. Al llegar, se sentó a los pies del espécimen, contemplando el hermoso y floreciente bosque al frente. Levantó la mirada y observó la ropa de Víctor, rasgada por los años, que aún permanecía en la copa, junto con sus restos óseos dispersos en la hojarasca y en las altas ramas. Se levantó y dio un fuerte abrazo al robusto tronco, marcando sus manos en la corteza. Luego dejó caer su

cuerpo y cerró los ojos justo en el momento en que su pecho se contrajo.

Mientras tanto, en el resto de las ciudades del mundo, todos los robots y androides se desactivaron al mismo tiempo, quedando a merced del tiempo y de la nueva era que estaba a miles de años por comenzar.

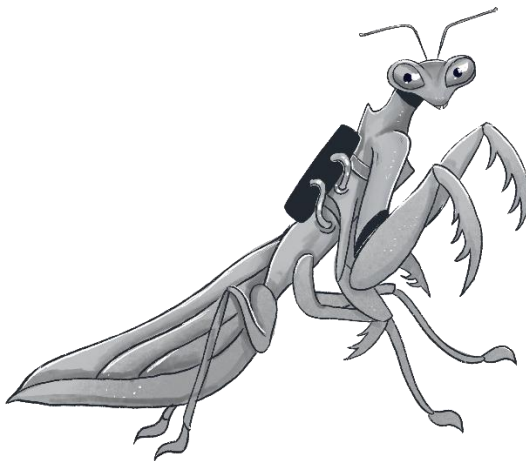




Navidad es la reina indiscutida de las festividades anuales, una tradición amada por algunos, odiada por otros y comprendida en esencia por pocos.

El ritual de comprar obsequios para otros —nos importen o no—, preparar una cena con particular atención, reunir un —usualmente— gran grupo de personas en un solo lugar, armar el árbol, decorar la casa, entre otros, es a menudo disminuido a una costumbre anual que recubre en exceso lo que realmente representa la víspera que despide un ciclo.

*En **El invitado a cenar**, Javier Fontecilla nos recuerda —a su singular estilo—, la razón por la cual algunos mantenemos la tradición de regresar cada año a una instancia tan cálida como intensa y en lo memorable que puede tornarse cuando, inesperadamente, hay un puesto más en la mesa.*



EL INVITADO A CENAR

JAVIER FONTECILLA



JAVIER FONTECILLA

Nacido en 1989, es un guionista y novelista chileno, conocido por su película *Volantín cortao*, la que fue galardonada con el Premio del Público en el Festival Internacional de Cine de Valdivia 2013, así como por su novela *El arca* merecedora del primer lugar en los International Latino Book Award 2021 como mejor novela de Ciencia Ficción, y por *Animales salvajes*, novela condecorada con una mención honrosa como mejor novela de Ciencia Ficción en los International Latino Book Award 2022.

Ha publicado cuentos en la antología *Cyberpunk 2023* de Aurea Ediciones, *Proyecto Rebelión* de Akera, en la antología *Beyond the Flesh* de Cathartes ediciones y en la revista *Antami* #2 de la editorial Búho Eléctrico.

EL INVITADO A CENAR

El timbre del horno resonó por toda la casa, despertando el mal humor de Luisa, quien corrió con pasos cortos y torpes hacia la cocina. Se apresuró en sacar la mezcla, anteponiéndose a las advertencias de la receta, la que anunciaba problemas si era expuesta a mucho calor. A pesar de los riesgos, no le gustaba la asistencia de los complejos y avanzados robots de cocina. Esa velada era noche buena y había que respetar las tradiciones. Dejó el recipiente sobre la mesa y apreció el buen trabajo que había hecho. Olfateó el aroma a vainilla y canela que se extendía por la cocina. Aquel perfume dulce le hacía sentir que el tiempo no pasaba, que todo permanecía en un estatus quo, pero inquietamente sabía que eso no era cierto. Fuera de su casa las cosas habían cambiado, y mucho.

Por suerte, la Navidad y sus tradiciones no variaban. Se conquistasen planetas, se doblase el espacio y tiempo, la Navidad seguía siendo una época de dicha, familia, comida y regalos.

Mientras se enfriaba el bizcocho, comenzó a batir a mano las claras de huevo. Su abuela profesaba que la mezcla equilibrada entre lo suave y lo macizo resumían a la perfección las verdades de la vida. Se podía aprender mucho de aquellos que, al comer el postre, preferían la masa suave y blanda de la base, en vez de la dureza y consistencia del acompañamiento. Agregó el azúcar

mientras divagaba, con sus ojos fijos en su labor. Luisa se decía a sí misma que la abuela tenía razón, la gente que optaba por dejar el merengue de lado era débil, incapaz de sobreponerse a los problemas de la vida, por esa razón había decidido preparar la receta, para poner a prueba al misterioso invitado que llegaría junto a su hijo.

Benjamín, su único descendiente, había sido todo un desafío desde que aprendió a caminar y hablar. Su carácter difícil había sido ampliamente conocido entre los apoderados del colegio, quienes la tildaban a ella de mala madre al no ser capaz de ponerle límites claros. Las sorpresas no se detuvieron. Benjamín anunció que estudiaría fotografía en un instituto en vez de ir a una universidad. Alberto, su marido; puso un grito en el cielo e intentó disuadir al adolescente, argumentando que podía dejar su pasión como un hobby. No funcionó. Luisa movió los hilos para que Alberto endureciera las medidas, por lo que una noche le hicieron saber a su hijo que, si no les daba en el gusto, no pagarían ninguna carrera. El chico simplemente se encogió de hombros y declaró que el trabajaría para costearla. Ella se puso furiosa, le enervaba el relajo que expresaba Benjamín. Por esa razón, no le sorprendía la falta de criterio de su hijo al llevar a un invitado sorpresa en la noche de Navidad.

—¿Alberto? —Luisa sabía perfectamente donde estaba su esposo. Sabía que, a pesar de sus advertencias, seguía sentado en su Berger, leyendo las noticias holográficas del diario, las que últimamente solo ponían el foco en los emigrantes espaciales y las discusiones sobre terraformar

y poblar los planetas vecinos, la que hasta la fecha se habían mantenido como una reserva natural—. Alberto, dime que ya te cambiaste. Los invitados van a llegar.

Con mesura, la mujer terminó de decorar la superficie del bizcocho con el merengue, el que estaba metódicamente ordenado en pequeños conos blancos. Dejando los implementos de cocina de lado, Luisa se asomó a la sala de estar. El lugar estaba bellamente decorado con guirnaldas, regalos y el enorme árbol plástico que destellaba colores danzantes al ritmo de una melodía suave. Alberto se puso de pie enseguida, apagando el dispositivo de proyección que le permitía leer. La dueña de casa lo observó con una mirada penetrante, la que hizo reaccionar a su esposo, quien subió al segundo piso con gran velocidad.

Tras guardar el postre en el refrigerador, la mujer siguió los pasos de Alberto. Dentro de su casa todo estaba en orden, le gustaba así. Sentía que todo se organizaba de manera pulcra, siguiendo una lógica minimalista que le otorgaba una sensación general de seguridad. El permiso llegaba con las festividades, donde, con la ayuda de dos robots asistentes, repletaba la casa de adornos, luces, coronas y chucherías. A pesar de su espíritu festivo, Luisa no salía mucho. Creía que el exterior era un caos horrible que había empeorado con la llegada de los migrantes; T'srek, Wobernios, y otros. A pesar de que su presencia estaba delimitada, la gente no dejaba de hablar de ellos, por suerte, solo podían ingresar visitantes de intercambio, limitando su tiempo de estadía en la Tierra a un par de

meses o años. Luisa creía que esa era la mejor idea que había tenido el gobierno global en los últimos años.

Se terminó de vestir cuando Alberto salía del baño. Ella entró, limpió el espejo empañado con una toalla y enseguida corrigió su maquillaje y pelo. Su familia era muy tradicional y su ojo crítico no perdonaba. Tras revisar que el traje de su marido estuviese presentable, bajó las escaleras hacia el comedor. Revisó que la vajilla estuviese limpia, los vasos y copas de cristal a punto, el camino de mesa y adornos cuadrados, y la mantelería sin una sola mancha. Respiró aliviada, todo estaba en orden. Alberto la abrazó por atrás.

—Todo va a salir bien —dijo él, con su voz suave y melodiosa.

—Eso espero. Con Benjamín todo puede pasar.

Alberto iba a contestar cuando sonó el timbre. Se dirigieron a la puerta, expectantes. Al abrirla, recibieron una ola de calor suave. La decoración invernal contrastaba con el verano chileno, que ingresaba con resuelta placides. La primera invitada era doña Marcela; la octogenaria madre de Luisa que se rehusaba a vivir bajo los cuidados de una enfermera.

—Mamá, no me digas que te viniste manejando tú sola.

—Primero se saluda. ¿Que acaso ya no hay modales? No, me trajo tu hermana, pero se está estacionando —la vetusta ingresó a la casa como si fuese suya, estudió la decoración como si no conociera el lugar y sonrió forzosamente—. No tengo la menor duda que hoy la pasaremos muy bien.

El estómago de Luisa se encogió. Sabía que su madre esperaba una catástrofe, la cual iba a aprovechar para repasar todos los errores de la vida de su hija mayor. En ese momento ingresó Soledad, la obesa y aprovechadora hermana menor. A Luisa le parecía injusto lo dura que era Marcela con ella, en cambio, con su floja hermanita era dulce y permisiva.

—¿Y Benjamín? —preguntó la ojerosa Soledad, mientras tomaba asiento en la sala de estar—. Apuesto a que no fue capaz de ayudarlos con la preparación de la cena. Típico de él, siempre se desaparece. Ese niño no sabe lo que son las responsabilidades, no como Pablito.

La pareja no respondió. Soledad solía denostar a Benjamín, comparándolo con sus primos. Como padres, tuvieron la oportunidad de detenerla hacía años, pero optaron por evitar problemas. Luisa creía que al callar se ahorra una gran cantidad de discusiones que prefería evitar cobardemente, además de evadir tener que pedir disculpas por algo que, en el fondo, ella no sentía que estuviese mal.

El timbre volvió a sonar y Luisa abrió la puerta. El aire frío que salía del sistema de ventilación vaciló nuevamente ante el calor. Sin esperar invitación entró su otra hermana seguida por su marido y sus dos hijos. Astrid era la más fea de las tres, pero también la más vanidosa y arribista. Se casó con un hombre adinerado de ojos azules y pocos cojones, tuvo dos hijos a quienes les lavó el cerebro, imponiéndole sus gustos y futuras profesiones desde que aprendieron a caminar. Se compró una casa en un sector

privilegiado, endeudándose por años, la que no se cansaba de presumir.

Se saludaron y enseguida se ubicaron en sus lugares favoritos de la sala de estar. Luisa recorrió al grupo con la mirada. La manada estaba reunida de nuevo como un conjunto de cavernícolas en su cueva, comiendo alrededor del fuego. Era algo ancestral, sagrado. No importaba cuánto se peleasen, incluso hasta cuánto se odiasen o se envidiasen en secreto, eran familia, o eso pretendían.

Se sirvieron los aperitivos. Pisco sour casero en vasos de lujo. Marcela iba a proponer un brindis, pero se detuvo cuando recordó que faltaba Benjamín. Cuando la señora estaba a punto de abrir la boca, el timbre anunció la llegada de alguien más. Las miradas se dirigieron instintivamente a la puerta. Benjamín había llegado y con él traía a su misterioso invitado. Las apuestas estaban hechas.

La tensión se sentía en el aire, colocándole a Luisa la piel de gallina mientras se acercaba a la entrada. La llegada de la oveja negra era, para la familia, el evento polémico que tanto disfrutaban odiar. El chico de espíritu artista y poco ortodoxo siempre daba que hablar. El silencio reinó en la casa, mientras los entrometidos invitados intentaban escuchar la conversación en voz baja que ocurría en la entrada. Solo la melodía del árbol quebraba la quietud. La primera en aparecer en la habitación fue Luisa, con una sonrisa radiante que delataba lo catastrófico que había sido la situación. Enseguida ingresó Benjamín, con una

sonrisa natural que contrastaba notoriamente con la primera.

—Perdón por el retraso. El tráfico estaba terrible —dijo con un tono de felicidad en sus palabras—. Les quiero presentar a alguien especial para mí. No habla mucho español, pero entiende bastante.

Benjamín hizo un gesto con la mano para que el invitado ingresase. La mueca de morbo se borró de todas las caras presentes. Frente a ellos estaba un T'srek de casi dos metros de alto, color verde melón tuna y con una fisionomía perturbadoramente similar a una mantis religiosa. Las diferencias eran pequeñas, pero significativas. No tenía alas y las enormes patas delanteras eran acompañadas por un par más reducido. Dos antenas largas y delgadas nacían sobre sus ojos, agitándose de vez en cuando, involuntariamente. Por otro lado, en los costados de su abdomen, estaban conectadas unas pequeñas y delgadas mangueras, las que estaban unidas a una compacta caja gris oscuro, amarrada sobre su espalda.

—Se llama T'slok. —dijo sonriente el muchacho.

Esa entrada triunfal tuvo como respuesta un incómodo silencio. Los ojos nerviosos de los comensales se clavaron histéricamente en el visitante alienígena. Él, en cambio, estudiaba la decoración navideña con interés.

—Vamos, no queremos causar una mala impresión en nuestro invitado —dijo Luisa, con la voz vuelta un hilo delgado.

—Hagamos un brindis por nuestro visitante —irrumpió Alberto, alzando su copa llena. Luisa lo imitó y

en cosa de segundos todos habían alzado las suyas—. Por nuestro invitado, para que conozca la calidez de esta familia, el espíritu de la Navidad y las bellezas de este planeta.

No hubo respuestas, solo copas empinadas. Benjamín, sin prestar atención a las miradas atentas de los demás que estudiaban al insecto con terror, agregó:

—Les agradecemos por el brindis, pero para T'slok, el beber licor es una costumbre bastante extraña. Lo conversamos antes y entiende que los seres gregarios disfruten de una cena en conjunto, ya que en su mundo también lo hacen, pero no se estilaba beber en honor de nadie; y mucho menos un líquido que puede destruir la lucidez. Ellos suelen ofrendar objetos que ellos mismos fabrican, esperando aportar a los nidos de sus hermanos.

Lucía notó como las antenas del extraterrestre jugueteaban sobre la cabeza de su hijo. Tuvo que combatir con un escalofrío que le subía por la espalda.

—Hablando de eso, antes de que vayamos a la mesa, T'slok quiere entregarte algo. —Benjamín hurgueteó dentro de una mochila que nadie había notado.

La dueña de casa se petrificó cuando advirtió como los enormes ojos verdes del extraterrestre la observaban con atención. Las pupilas eran tan solo un punto negro en el centro. Una mancha abismal en un mantel hermoso. Su parecido con las mantis religiosas terrestres la hacía sentir como una mosca a punto de ser devorada.

—Benjita, ¿tu invitado tendrá hambre? Podemos pasar al comedor —intentó amenizar Luisa, mientras se acomodaba nerviosamente en un sillón.

—Buena idea —respondió Marcela y se levantó disparada, como si hubiese una araña en su chaqueta.

Ignorando la invitación y con una sonrisa, la oveja negra sacó de la mochila una vasija de color azul eléctrico con detalles dorados. El recipiente carecía de prolijidad, dando a entender su origen artesanal, pero resumía una belleza y elegancia únicos. Benjamín se lo pasó al invitado, el que aferró el objeto con cuidado entre sus enormes patas frontales. Con la misma delicadeza, se puso de pie, acercándose a sus anfitriones. Luisa sonreía forzosamente, tanto que le dolían los pómulos. Su cuerpo tieso se envaraba frenéticamente. Con un movimiento suave T'slok le ofreció el regalo. La mirada de Luisa saltó a Alberto, quien observaba pálido la situación; para luego detenerse en su hijo Benjamín, quien le devolvía la mirada con un gesto de confianza y amabilidad.

La anfitriona, tiritando, estiró sus manos, mientras luchaba por contener el miedo y no destruir el regalo. No quería provocar un incidente interplanetario por sus malos modales. Al tocarlo, se sorprendió de lo suave y liviano que era el objeto. Agradeció en voz alta, estudiando en detalle la vasija, la cual le resultaba mucho más hermosa al apreciar sus detalles. Levantó la mirada y se sorprendió al ver que su invitado se había volteado hacia Benjamín, jugueteando una vez más con sus antenas sobre el cabello castaño de su hijo.

Marcela, quien se había mantenido de pie junto al comedor, alzó la voz indicándoles a todos que era momento de pasar a la mesa. La familia la obedeció sin cuestionar. Benjamín y su invitado fueron los últimos en tomar asiento. T'slok no podía acomodar bien su cuerpo en la pequeña silla de madera, por lo que Benjamín tuvo que buscar un taburete que le acomodara más. Les explicó a los invitados que la pequeña máquina que cargaba el visitante era un concentrador de oxígeno portátil, que le permitía respirar sin problemas, ya que en el planeta Killik había más oxígeno en la atmosfera, lo que permitía que seres tan grandes como los T'srek existieran.

Luisa se puso de pie para comenzar a servir, negándose a recibir cualquier ayuda, por lo que activó a los robots para asistirle. Alberto la acompañó, ingresando a la cocina con rapidez. Antes de cerrar la puerta, la dueña de casa recorrió la escena con la mirada. Se detuvo en su hijo, quien estaba enfocado en su acompañante con una sonrisa luminosa que contrastaba con el tono forzosamente ameno del resto. Fue ahí cuando se dio cuenta de la verdadera razón de esa cena.

Cerró la puerta, quedando a solas con su marido. Alberto se encontraba en silencio, con la mirada perdida en la ventana que daba al jardín delantero y la calle. El sol se había puesto hacía pocos minutos, por lo que el cielo aún era teñido por una marca naranja. Las luces decorativas del exterior lanzaban un luminoso baile sobre el vidrio. Luisa se acercó y lo abrazó por atrás. Un gesto de cariño entre ambos que no se había perdido, a pesar de los

años. Permanecieron en silencio por unos momentos, con los ojos fijos en la luna, la que se erguía distante y difusa.

— ¿Sabías que, cuando tenía siete, le dije a mi papá que quería ser astronauta? Pensé que se iba a reír de mí, pero se acercó y me miró directo a los ojos. Me preguntó mis motivos, y yo, con miedo, le dije que quería ir a la luna como los hombres del pasado —el hombre se volteó, sin romper el vínculo y miró con dulzura a su mujer—. Él me abrazó con fuerza y dijo que nunca dejara de pensar en mi meta, ya que, sin importar cuán lejos lleguemos, ni donde estemos, esa luna era sinónimo de nuestro origen. Cuando supe que habíamos hecho contacto con razas extraterrestres me sentí como un niño —la mirada de Alberto pareció perderse por unos segundos en los recuerdos distantes que poblaban su memoria—. Quería correr a conocerlas, verlas con mis propios ojos. Cuando vi las fotos, me dio terror. No eran lo que yo imaginaba, pero por alguna razón me atraían. Como cuando eras pequeño y querías ver una película de terror. Sabías que te iba a dejar pesadillas, pero no lo podías evitar, tenías que verla. Jamás pensé que mi hijo llegaría de la mano de uno de ellos.

— ¿También te diste cuenta? —preguntó ella, estudiando a su marido sin soltar el abrazo. Tras ellos, los robots recorrían la cocina de un lado a otro, de manera ajena.

—Tendría que estar ciego para no verlo. ¿Qué vamos a hacer? —dijo Alberto, mientras Luisa se separó de él, observándolo con angustia

—Apoyarlo —guardó silencio unos segundos, para luego reunir el coraje y continuar—. Desde que nació hemos intentado imponerle las cosas, como si fuéramos mi hermana, pero él siempre rompe las ataduras, siempre se las ingenia para ser fiel a sus ideales. Lo demás podía ser por rebeldía, pero esto, esto es realmente importante.

—¿Quién iba a imaginar que el espacio sería un portal a tanta maravilla? —concluyó en voz baja el dueño de casa. Sonrió y besó la frente de su mujer con suavidad.

Mantuvieron el abrazo por unos segundos, hasta que recordaron de golpe que, tras la puerta, había un grupo de invitados esperando la cena. Comenzaron a montar los platos con eficiencia, con un trajín que parecía coreografiado. Luisa abrió la nevera para sacar las salsas frías cuando recordó el postre. En su mente reverberaron las palabras de su abuela sobre bizcocho y el merengue. Al regresar al comedor se espantaron, al ver como se libraba una discusión sobre la mesa.

Soledad y Astrid atacaban a Benjamín, diciéndole que la presencia del extraterrestre podía ser peligrosa, ya que no conocían sus costumbres. Soledad agregaba que las mantis religiosas eran depredadoras crueles y sádicas. T'slok, por su parte, estaba con la mirada clavada en los cubiertos metálicos, acercándolos a sus enormes ojos utilizando sus patas más pequeñas. Luisa alzó la voz, y solo una palabra bastó para que todos guardasen silencio. Marcela refunfuñó malhumorada, apoyando a Astrid y Soledad.

Repartieron los platos y la calma se volvió a asentar. Ella quería preguntarle a su hijo si todo estaba bien, pero no se atrevía a romper la tregua. Por suerte, no fue necesario. Benjamín evadió el asunto con elegancia.

—Me cuesta trabajo hacerle creer a T'slok que el metal de los cubiertos es extraído y trabajado de manera no orgánica —Luisa no comprendía a lo que se refería y quería indagar, pero nuevamente su hijo se le adelantó—. En Killik, su planeta natal, todo es fabricado por una resina que secretan de manera natural. Todo, desde los cubiertos hasta los edificios, incluso sus naves espaciales. Le expliqué también que el árbol era plástico, igual que las guirnaldas.

El comentario captó la atención de los comensales, quienes parecían haber olvidado lo perturbador que les parecía el invitado, dando paso a la lejana sensualidad de lo exótico. Luisa, al ver que, a pesar del interés, nadie se atrevía a continuar la charla, prosiguió preguntando.

—¿Qué es lo que más te ha llamado la atención de la Tierra?

Benjamín giró su cabeza hacia T'slok, este acercó su cabeza triangular hacia el chico y le colocó las antenas sobre el cabello, acariciándoselo.

—Lo primero que le llamó la atención fue la falta de verde. Dice que en su planeta hay una gran predominancia de bosques y selvas —argumentó Benjamín, para luego agregar—. Dice que había visto imágenes de la Tierra antes de decidir venirse de intercambio, pero que verlo por sus propios ojos era mucho más impactante.

—¿Existe la fotografía en Killik? —agregó Alberto, ganándose una caricia discreta de su mujer, como agradecimiento de su apoyo.

Las antenas se volvieron a posar juguetonamente sobre la cabeza de Benjamín.

—Sí, pero es algo nuevo. Allí no lo necesitan.

—¿Por qué respondes tú por él? —inquirió Marcela, molesta—. ¿Es mudo o qué?

—Allá no se comunican con palabras, usan las antenas —respondió pacientemente la oveja negra, mientras apuntaba las prolongaciones que se movían rápidamente, buscando entablar conexión—. Si quiere, puede intentarlo con usted.

La mujer se negó rotundamente. Astrid y Soledad se acercaron a la vieja para apoyarla, como si estuviese a punto de desfallecer. Luisa detestaba esas muestras de sobreprotección, que a sus ojos eran innecesarias. Por otro lado, no deseaba fomentar la discriminación que sufría el invitado.

—A mí me gustaría intentar —anunció la anfitriona, ocultando lo nerviosa que estaba. Le regaló a su hijo una sonrisa cargada de amor y se puso de pie—. ¿Dónde me pongo?

T'slok llegó guiado por Benjamín. Alberto se iba a levantar, pero captó el gesto discreto de su mujer, quien estaba de pie en la sala de estar. Se pusieron frente a frente, donde Luisa pudo notar lo alto que era el extranjero. El natural temor humano a los insectos amenazó con hacerle temblar los pies, pero respiró profundamente, recordando

que lo hacía por su hijo. El visitante acercó su amenazadora cara, permitiendo una mejor mirada a un par de fauces de aspecto poco amigable. Luisa sintió unas caricias en su cabellera, las que le hicieron brotar una risa nerviosa. De pronto, la sala de estar desapareció, siendo reemplazada por una espesa blancura que los aisló del resto.

—Antes de comenzar —habló el visitante en un excelente español, y con una voz cálida y amable—, quisiera darle las gracias por recibirme en su hogar. Imagino que para usted debe ser tan particular, como lo es para mí. Este mundo ha sido toda una maravilla, por favor no se lo tome a mal, pero jamás había visto algo parecido a un mamífero.

—Y eso que no tenemos perros o gatos —respondió aliviando la conversación, para luego observar desorientada el lugar—. Disculpa, pero ¿Dónde estamos?

—Esta es una proyección que creé para usted, para facilitarle el contacto. Con Benjamín ya no es necesaria, se acostumbró rápidamente y su cerebro puede procesar la información con fluidez. Aquí no es obligatorio mover la boca para hablar, con tan solo un pensamiento podemos entendernos.

— ¿Es como leerme la mente? —instintivamente, movió los labios para expresar las palabras. Se sonrojó al notar su torpeza.

—Sí y no. No puedo acceder a su cabeza, si esa es la pregunta. Usted sigue siendo dueña de sus ideas.

—No quiero sonar maleducada, pero me gustaría hacerte una pregunta privada —el visitante asintió, la expresión en su rostro permaneció inteligible—. ¿Qué quieres de mi hijo?

Las pequeñas pupilas negras de T'slok se abrieron al máximo de su capacidad, delatando la sorpresa.

—Por favor, no nos malinterpretes, es solo que, como padres hemos notado ciertas cosas en mi hijo. No sé cómo explicártelo, pero es como si fuera diferente a los demás. No creo que te des cuenta, al no estar acostumbrado a nosotros, pero él avanza en otra dirección cuando la mayoría va hacia el lado contrario. Al comienzo pensábamos que era una rebeldía injustificada, pero ahora, no lo sé, simplemente es así.

—No, no he estado lo suficiente entre humanos aún, pero sí sé que es distinto. Recuerdo la cara de Benjamín el día en que nos recibió con la comitiva estudiantil. Tenía un gorro rojo y blanco de Navidad sobre su cabeza, como el de esa figura legendaria que reparte regalos. De por sí ya era llamativo, pero a mi parecer su sonrisa es única, imposible de igualar. Me encanta eso de los humanos, su enorme rango de emociones faciales, sin embargo, él es diferente. Cálido, amable, preocupado. Su visión traspasa formas, elimina las diferencias. Sé a lo que se refiere y la respuesta es sí, pero no se preocupe, mis intenciones son buenas.

Los hombros de la mujer se relajaron y con ello, toda su disposición corporal cambió. No había sido consciente de la tensión que había acumulado hasta ese momento.

—Me gustaría ver tu planeta —declaró Luisa, zanjando el tema. Esta vez, no abrió la boca para comunicarse. Quería cambiar la dirección de la charla, para no tornarla más incómoda.

T'slok asintió y con ello ocurrieron los cambios. La espesa blancura se disolvió con rapidez, dando forma a la inmensidad del espacio, frente a ellos se acercó flotando Killik, una esfera mayormente verdosa con tintes amarillos. Los nevados polos eran pequeños, al igual que las masas marinas, las que manchaban discretamente con azul. Como si estuvieran sumergidos en una película, cruzaron la atmosfera, pudiendo ver más de cerca el reinado casi absoluto de las plantas. La proyección se transformó nuevamente, ahora estaban en medio de un denso bosque con árboles recios, tan gruesos que parecían edificios. Tras unos segundos de atención, Luisa logró darse cuenta de que en realidad eran estructuras complejas donde habitaban los T'srek, creadas con una especie de resina natural.

—Todo lo que desarrollamos lo hacemos nosotros mismos —argumentó T'slok, con orgullo—. Cada clan moldea y mantiene su propia colmena. Dentro de ella desarrollamos nuestra vida casi por completo. Cada clan tiene especialidades distintas, el mío produce alimentos dulces utilizados en los viajes estelares, para ayudar a los viajeros a recuperar energía. No solemos exponernos al exterior, salvo para comerciar, ya que hay depredadores que, a pesar de nuestro desarrollo, nos dan caza.

—Debe ser peligroso visitar tu planeta.

—Puede serlo, pero es hermoso. No lo cambiaría —se detuvo un segundo, delatando las ganas que tenía por decir algo más. Hizo contacto visual con su anfitriona y prosiguió—. Estamos adaptando sectores de nuestros hogares para recibir Humanos y Grises. No quiero ser impertinente, pero me gustaría que Benjamín me acompañase.

Un rotundo “no” fue lo primero que se le asomó por la cabeza, pero no lo expresó. Buscó serenarse, dejar de lado el rol controlador que había ejercido hasta ese momento. El mundo cambiaba, así tenía que ser. El cambio es evolución, la evolución es vida. No se puede luchar contra lo inevitable; pensó.

—No puedo responder eso ahora, pero podemos conversarlo con Alberto y Benjamín —Luisa sonrió con calidez—. Creo que estoy lista, aunque antes de terminar con la conexión, me gustaría pedirte disculpas. Mi familia y yo hemos sido muy groseros, sé que no es excusa, pero teníamos miedo. Creo que es válido decir que algunos aún lo tienen.

—Yo también. Es parte de enfrentarse a lo desconocido, pero eso puede ser un secreto entre nosotros dos.

La dueña de casa sonrió y la proyección pacífica de la vida en Killik desapareció, dando espacio a la sala de estar, los adornos de Navidad con sus resplandecientes luces y brillos. Los comensales permanecían inmóviles, con los codos y brazos apoyados sobre la mesa.

—¿Y? ¿Cómo fue? ¡Cuenta! —la voz de Soledad estaba cargada de un morbo obscuro.

—Fue la mejor experiencia que he tenido en mi vida — aclaró sonriendo y prestándole atención a la expresión de desencanto en su hermana—. Es como viajar sin moverse. Como teletransportarse.

Alberto se puso de pie, declarando que él también quería probar. Se colocó frente al invitado y este, tras unos segundos de aparente perplejidad, se acercó y posó sus antenas sobre la cabeza del voluntario. Esta vez, Luisa pudo experimentar el proceso desde afuera. Lo que en la conexión parecían minutos, en la realidad no eran más que segundos. Al terminar la experiencia, Alberto sonrió con la alegría de un niño que acaba de cumplir un sueño, y con energía relató su visita al mundo de T'slok. Luisa no podía creerlo, su marido, que antes palidecía de terror, ahora vibraba con una magia imposible de explicar. Inesperadamente, los primos de Benjamín se disputaron el siguiente turno, haciendo caso omiso a las palabras de Astrid.

En medio de la algarabía, Alberto se encaminó de regreso a su asiento, en ese momento se cruzó en su camino Benjamín, quien lo abrazó con fuerzas. Luisa no había visto un gesto similar desde la infancia de su retoño, por lo que enseguida se le aguaron los ojos. Alberto regresó junto a su mujer un rato después, rodeándola con uno de sus brazos. Estudiaron la situación fascinados. Los hijos de Astrid reían y compartían sus experiencias con el resto, incluso Soledad quiso intentarlo, impulsando a Marcela a acercarse más.

Sirvieron el postre mientras el resto experimentaba la conexión. Una vez que todos regresaron a sus lugares, el evento continuó según lo acostumbrado. Marcela elogió el resultado de la receta, expresando que la textura del bizcocho y el merengue contrastaban impecablemente. Como solía hacer, la vieja comenzó a relatar la filosofía que su madre le enseñó sobre la receta. T'slok escuchaba atento, ya que la matriarca lo miraba fijamente a él. Luisa sintió como sus hombros se relajaban. Contra viento y marea, el visitante había superado la prueba. Probó su propia creación, y mientras saboreaba el choque de texturas y sabores, se percató que su visión sobre la dureza de la vida estaba mal, y con ellos, muchas cosas más.

Al finalizar, Alberto recogió los platos, permitiendo que la tradición familiar siguiese su curso. Era hora de los juegos y adivina la película era uno de los favoritos. Al ser diez, se formaron dos equipos de a cinco. T'slok quedó junto a Luisa, Marcela y los dos hijos de Astrid. Como el visitante no conocía los filmes, se le permitía conectarse con algún miembro de su grupo para que le enseñasen escenas a través de la memoria.

La dinámica funcionó de maravilla. Había risas y sonrisas en todas las caras. Algunas horas después llegó el momento de los regalos. Uno a uno los presentes fueron abiertos. Benjamín tenía uno guardado especialmente para su acompañante. Lo sacó de la mochila y se lo pasó. Luisa se acercó al invitado, asistiéndolo en la remoción del papel de regalo. Al ver el presente, la dueña de casa carcajeó de alegría, al comprender el mensaje de su hijo.

Con un gesto ceremonioso, colocó sobre la cabeza de T'slok el gorro rojo y blanco de Santa Claus.

Pasada las doce de la noche llegó la hora de despedirse. Uno a uno los visitantes fueron dejando la casa, hasta que solo quedaron los cuatro: Alberto, Luisa, Benjamín y T'slok. Sin palabras de por medio y sin ninguna coordinación previa, ordenaron las cosas que quedaban.

Una energía distinta, pero agradable emanaba del hogar. Una briza fresca que les otorgaba otra mirada, una nueva forma de relacionarse. La paz abrazó a Luisa, y esta vez era real, no aquel placebo que experimentaba cuando creía controlar las cosas, cuando se convencía a sí misma que el tiempo no podía pasar, de que los cambios no podían suceder. Observó a su hijo y vio a un hombre con metas claras y con el coraje suficiente para llevarlas a cabo, enseguida observó a su esposo, vio en él un padre de verdad, con la fortaleza necesaria para defender a su familia a través del cariño.

Alberto les ofreció café, y Benjamín aceptó rápidamente. Los cuatro tomaron asiento para compartir un momento más íntimo. Al igual que el visitante, Luisa y Alberto compartían un vínculo que no requería de las palabras para comunicarse. Dejando las tazas de bajativo de lado y reuniendo el coraje, se prepararon para una conversación que jamás pensaron podía ser posible.

—Hijo... —comenzó dubitativamente Alberto—. Sé que hablo por tu madre y por mi cuando digo que estamos orgullosos de ti.

—Estamos muy felices por ti —agregó Luisa—. Es hora de que conversemos lo que T'slok me comentó.

El chico observó al visitante boquiabierto, enseguida, comenzó a balbucear algo, pero se detuvo. Respiró profundo, meneó la cabeza y dijo:

— Entonces, ¿me van a apoyar?

Alberto miró a Luisa con confusión. Ella respondió colocando una mano suave sobre su regazo.

—T'slok me comentó que en su planeta están preparando lugares para aceptar a los primeros humanos visitantes. A él le gustaría que Benjamín lo acompañara de vuelta.

El padre guardó silencio.

—Es un gran honor. Hasta ahora solo se puede pensar en ir de visita si uno de ellos te invita. Hasta donde sé, los invitados somos pocos —agregó el chico, observando con atención a su padre.

—Y creo que sería una buena oportunidad para él, para que viaje y vea cosas que quizás nosotros jamás podamos —argumentó Luisa. Su hijo la observó sorprendido.

—¿Cuándo parten? —Alberto luchaba por mantener sus emociones a raya, pero su niño interior avalaba la aventura.

—Queda mucho aún —dijo el chico, sonriendo y observando a T'slok con atención.

Las mandíbulas del insecto se abrieron y cerraron con dificultad una y otra vez, cada vez que lo hacía, un sonido torpe y entrecortado se asomaba.

—Gr...gra...ci...as

Con emoción, la mujer estudió a Alberto. Le parecía increíble el cambio que estaban experimentando. En tan solo unas horas, su relación con su hijo había dado un salto que, hasta esa mañana imaginaba imposible. Sabía que Benjamín no buscaba un permiso, si no apoyo. Por otro lado, ver el brillo en los ojos de su marido la hacía regocijarse. Podía sentir la imaginación de Alberto dispararse, conectándose con su sueño de infancia casi olvidada. Y quién sabía, quizás un día su hijo lo llevase a visitar la luna.

Ordenaron la sala, donde colocaron la delicada vasija fabricada por T'slok en un lugar de honor, para que todo aquel que visitase la casa la viese. Antes de marcharse se tomaron una foto los cuatro. El T'srek con su gorro de Navidad en medio, los humanos a su alrededor y el árbol de plástico destellando al fondo con sus luces multicolor.

Benjamín se despidió, para ir a dejar a T'slok a la residencia donde debía pasar la noche. Luisa los observó por la ventana mientras se marchaban. Benjamín y su invitado se detuvieron, se miraban sonriendo. Él chico besó con ternura a T'slok en un costado de su cara. Luisa no podía estar más dichosa, su hijo era feliz y eso era todo lo que importaba.





Antiguamente el mundo contaba con siete maravillas: los jardines colgantes de Babilonia en Irak, el mausoleo de Halicarnaso y el templo de Artemisa de Éfeso, ambas en Turquía, la estatua de Zeus en Olimpia y el Coloso de Rodas en lugares bastante lejanos uno del otro dentro de Grecia y, finalmente, la Gran Pirámide de Guiza y el Faro de Alejandría en Egipto.

Con el pasar de los años la mayoría de estas maravillas desaparecieron de la faz de la Tierra, siendo reemplazadas por las que actualmente se conocen como las siete maravillas del mundo moderno. Tengan o no el mismo final que sus antecesoras, una sola cosa es cierta: alguna vez fueron misterios descubiertos y ese fue su fin.

En Josh Hung, Apertura de expediente, J. G. Audoriza nos presenta una interesante perspectiva del peligro de resolver algunos misterios y nos obliga a preguntarnos si realmente queremos conocer la respuesta... o no.



JOSH HUNG

APERTURA DE EXPEDIENTE

J. G. AUDORIZA



J. G. AUDORIZA

Escritora chilena, de la Región de la Araucanía. Profesora de Lenguaje y comunicación,

Licenciada en Educación, Magíster en Gestión Escolar y Liderazgo. Autora de la saga Kilian, debuta con su primera novela *Kilian y el Papiro Sagrado*, el 2021.

En 2022 sorprende con una novela infanto juvenil ilustrada, *El último Megaterium*, que refleja la vida del campo de la pequeña Josefa y un extraño animal que le aportará magia a la narración. 2022 fue nominada por los International Latino Book Awards ILBA, en Los Ángeles California, Estados Unidos, siendo acreedora de Medalla de Plata en la categoría Mejor Primer libro para niños y jóvenes. Además de Mención Honorífica en la categoría Libro capitulado más inspirador para jóvenes. El 2023 lanza la versión bilingüe de *Kilian y el Papiro Sagrado*; al mapuzungun, gracias al apoyo de Conadi.

En Julio de 2023 presenta la segunda parte de la saga Kilian, *Kilian el secreto de las alas de Isis*.

JOSH HUNG
APERTURA DE EXPEDIENTE

Como cada mañana, el rebaño de Madame Cher era supervisado por su propia dueña. Las suyas eran cabras de monte, las más finas del lugar. Su lana y carne eran cotizadas y por más de un individuo, envidiadas. La mujer tenía más de cien cabezas de crianza y era la proveedora más grande del territorio.

Madame Cher notó de inmediato que sus cabras andaban alteradas, como si de algo se hubieran escapado. En ese preciso momento divisó a lo lejos a una manchada de sangre, se acercó mientras los balidos no dejaban de resonar. Sólo estaba manchada, pero no lastimada.

—¿De dónde provenía esa sangre? —se preguntó, preocupada.

Siguió avanzando y notó que más cabras tenían pequeñas salpicaduras de sangre, era evidente que una desgracia la esperaba.

Más allá del potrero demarcado por la cerca de chocos de árboles, unas aves rapaces sobrevolaban surcando el cielo, señalando un botín mañanero.

—¡Malvidas! ¡Pájaras cochinas! —gritó Madame Cher, sin más que sus cabras que la escuchasen.

Ahí, tendida, se veía el origen de las cabras manchadas, ya picoteadas por las negras aves que se comían su carne. Un cadáver. Una cabra.

Indignada y viendo lo sucedido, no perdió el tiempo y regresó a su hogar. Le contó a su hija, Margarita, una joven que apuntalaba el fuego de la chimenea, y fue hasta la habitación donde su esposo reposaba en cama.

—Te dije, no confíes en nadie, esa es la gente envidiosa que nos quiere hacer daño —dijo su esposo, que llevaba años postrado y con episodios de Alzheimer, por su avanzada edad—. Y así tú pensando en contratar capataz. Cuando me recupere, yo no dejaré que nadie lastime a las cabritas.

—Iré de inmediato a poner una denuncia en los policías, para que esto no quede así —dijo Madame Cher.

Mientras se arreglaba, su hija se acercó.

—Mamá, pueden ser perros que andan por ahí, no vayas —señaló Margarita, que era muy sumisa para su edad.

La joven no tenía amigos y no salía de su casa habitualmente, menos ahora que ya había terminado sus estudios en el liceo.

La madre no tomó ni un respiro para responder, siguió arreglándose y partió a su auto.

Condujo los cinco minutos para salir de su campo — que estaba muy cerca de la localidad urbana— y llegó al centro del poblado. Allí se veía lo habitual, todos se

conocían. Era un rudimentario lugar donde sus pobladores eran muy especuladores, con alcahuetas que exageraban situaciones y los turistas eran escasos.

Madame Cher se estacionó en la plaza para dirigirse caminando a la comisaría, con la intención de conversar con sus vecinos que cotidianamente deambulaban por el centro.

A medida que avanzaba, le contaba su tragedia a cada vieja chismosa que pasaba, también al verdulero y al carnicero, a la Madame de los ovillos y al cura de la parroquia.

Ya medio pueblo sabía lo sucedido antes de que llegara a la comisaría.

Los policías afanosos eran muy corteses con Madame Cher, porque en cada mes de abril ella les llevaba de regalo una cabra para celebrar su día. No menor regalo, pues ese asado era infaltable, además, su sabor era sin igual.

De inmediato le hicieron constancia y dejaron registro de la tragedia, procediendo a preparar las balizas para salir a periciar el crimen y así salir de dudas del deceso de tan fino animal.

Sin embargo, aquel día la muerte de la cabra de Madame Cher no fue lo único que alteró la normalidad del entorno; esa misma mañana llegó una joven que llamaba la atención de los pobladores, con su vestimenta encuerada y vestón largo que simulaba una identidad fugitiva.

La única turista se hospedó frente a la parroquia. Al bajar a desayunar a la panadería donde le recomendaron el café, vio cómo rápidamente los policías comenzaban un patrullaje.

Se ubicó en la ventana y esperó su anhelado desayuno campestre. Mientras esperaba a ser atendida, escuchaba cómo algunos a su alrededor hablaban de la situación que ocurrida. Otros se mofaban, diciendo que por amarretes los bichos se les morían a los cabreros.

Ella se veía extrañamente interesada en una conversación casi fortuita.

La atendieron y disfrutó su café. “Sí, es un buen café”, pensó, “...pero no el mejor que había probado”.

Mientras esto ocurría, seguía oyendo los rumores de lo sucedido en los establos de Madame Cher. Le llamaba la atención peculiarmente lo acontecido.

—Perdón por mi poca cortesía, pero con el escándalo de hoy, no me quedó tiempo de preguntarle cuál era su nombre —dijo la dueña (y mesera) de la cafetería mientras le llevaba la cuenta.

—Pierda cuidado, estoy de paso por este lugar, me llamo Josh —respondió sin apuro.

—Poco común su nombre, para una dama —dijo sin tapujos la señora, con ganas de saber más.

—Pagaré con efectivo, gracias —respondió ella, dejando la cantidad para pagar, más propina.

Se puso de pie y se fue del lugar.

Josh llevaba tiempo cambiándose de nombre, porque su identidad —creía ella— podía ser reconocida por personas que la buscarían para presionarla con información que no quería revelar o peor.

La joven junto a su padre, un científico reconocido, habían pasado toda su vida obsesionados con la búsqueda del Mothman, también conocido como hombre polilla. Desde que tenía memoria, Josh veía a su padre realizar experimentos que le permitirían demostrar la mutación que comprobaría la existencia de la criatura y, de la misma forma, viajaban para encontrar aquel que era visto ciertos abrilles lluviosos en zonas rurales, teniendo la posibilidad de atraparlo o tener las pruebas concretas para mostrar al mundo su descubrimiento.

Ella pretendía seguir su legado después de que su padre muriese en extrañas circunstancias años atrás, continuando con su trabajo. Creía que allí podría encontrar la respuesta a la muerte repentina de su padre y comprobar la existencia de lo que alguna vez había sido su más grande meta: cazar al Mothman.

Josh estaba allí precisamente porque hacía una semana se había reportado en un diario que un hombre fue sorprendido por una criatura alada mientras manejaba. Ésta fue descrita con ojos rojos y antenas, con aspecto de insecto. El denunciante aseguró que aquella criatura no lo quería atacar, sino que estaba tras las luces de su vehículo,

luego tocó la bocina y, de un aleteo, se esfumó en medio de la noche.

Para cualquiera se trataba de una historia que podía ser reflejo de un caso de Auguste Dupin, en un cuento de Poe, pero era el testimonio de un hombre en pleno siglo XXI.

Por eso a la extraña del poblado le interesó tanto lo acontecido, podía estar más cerca de lo que pensaba.

Pidió un taxi al pasar la tarde y se dirigió a los territorios de Madame Cher, para lograr conocer de primera fuente lo sucedido.



Llegando los policías al lugar junto a Madame Cher, notaron que las rapiñas ya habían avanzado bastante con el trabajo de reducción de la cabra muerta. Tan solo quedaban vísceras y poco se podía averiguar sobre la causa de muerte, así que solamente le comentaron a la mujer que, ante cualquier otra situación de esta naturaleza, intentara hacer el llamado más rápido y evitara que las aves rapaces se acercaran al cadáver.

Refunfuñando en todo momento, ella insistía en que era obra de terceros, que por envidia le habían provocado mal a su rebaño. Había un sin fin de sospechosos, así que no hubo posibilidad de culpar a un solo sujeto.

Cuando el taxi de Josh llegó, el mismo taxista había comentado que los dueños de las cabras no eran nada

amigables. Si ella así lo deseaba, la esperaría, pues de seguro pronto la despacharían del lugar.

Ella se negó, buscaba estar en esos terrenos el mayor tiempo posible.

Al llegar, de inmediato Madame Cher le abrió la puerta. Josh se presentó en el lugar con la excusa de ser reportera y estar investigado respecto a ataques de cabras, de supuestos vándalos que estaban haciendo daño a los pobladores de mejor clase, un discurso preparado solo para que Madame la dejase espiar en el lugar.

Ella accedió de inmediato, pues estaba dispuesta a dar su testimonio, además de que se sentía importante.

Lo primero que hizo fue ingresar a su domicilio, una casona que disimulaba muy bien el paso del tiempo, derrochando el buen vivir de la familia. La primera en presentarse fue Margarita, quien, muy tímida, la saludó y luego se fue a la cocina a preparar merienda. Algo que llamó la atención de Josh fue que su vestimenta era similar a la que usaba la servidumbre. La familia no recibía ayuda alguna de terceros, debido a que eran muy desconfiados.

Posteriormente se dirigieron al cuarto donde se aposentaba el anciano, esposo de Madame, quién estaba tomando una siesta por lo que no logró cruzar palabra.

Luego de una charla de lo ocurrido en el sofá con Madame, Josh le solicitó llevarla a los terrenos donde la tragedia había ocurrido.

Al caminar, se divisaban los rebaños de cabras que resultaban incontables para la forastera, pero Madame Cher conocía a cada uno de sus críos.

En ese instante notó en la pradera subdivisiones que evidentemente servían para conservar el talaje suficiente para el rebaño. Más allá de los límites de su territorio y la división de la rupestre cerca de madera, se evidenciaba el suelo con manchas, y una que otra ave de rapiña.

—Me atrevo a preguntar, ¿usted cree que pudo ser alguna criatura la que atacó a sus cabras? —interrogó Josh, mientras observaba mucho más allá un bosque de árboles nativos que se sobreponían en el horizonte.

—¿El chupacabras? No, esos son puros cuentos de la gente mal vividora que hace daño y roba los rebaños. No creo, esto fue obra de esos pueblerinos que quieren todo gratis. Eso yo afirmaré —se apresuró en responder la mujer que refunfuñaba.

—Me refería a una criatura que podría estar rondando un tanto confundida y que atacó su rebaño accidentalmente. *Mothman*, ¿ha oído de él? —preguntó Josh sin tapujos.

—Otro cuento de locos, el vecino que cuida el colegio municipal fue el que comenzó con eso. Yo creí que era una mujer inteligente y profesional —rápidamente respondió ya en un tono no tan cortés.

—Madame, tengo que agotar todas las hipótesis para lograr hacer un buen reportaje —respondió con ansias de no perder el contacto de camaradería con la dueña de los chivos.

—No me mal entienda, pero ¿de qué periódico me dijo que era? —interrogó Madame Cher.

—Del “N.O.F”, *New Oficial Regional* —mintió Josh rápidamente—. Se publica todos los martes —aseveró con seguridad.

Como Madame Cher no acostumbraba a leer, no podía dudar de lo que decía la joven.

Ambas prosiguieron, continuando el recorrido que las llevaba al punto exacto donde estaba el cadavérico animal. Ya solo osamentas quedaban, las aves se lo habían devorado. Aquello no permitía revisar las marcas del daño que causó la muerte del animal. Ya no había mucho que hacer en el lugar.

Josh observó el cuerpo fijamente, frustrada por no hallar las pruebas que necesitaba.



Ambas se dirigieron a la casa. Josh preguntó amablemente si podían encaminarla al pueblo donde se hospedaba, a pesar de la corta distancia. Ahora que conocía el camino, tenía la intención de socializar con la hija de Madame Cher, pues podría tener la versión de lo sucedido de otra habitante de la casa. La mujer le ofreció la compañía de su hija sin problema.

Mientras caminaban, Josh sentía una extraña tensión en ella, además que era muy difícil sacarle palabras.

Josh le preguntó qué pensaba de lo sucedido, pero su acompañante tan solo le respondió:

—Es un chivo, de los tantos que hay.

—¿Qué sabes de lo que comentaban de la criatura que vieron desde el auto? —insistió Josh para sostener una conversación.

—Nada, quién sabe qué cosas puede haber por ahí —respondió, siempre cortante, hasta que se despidieron.

Josh no perdió el tiempo y fue donde el supuesto hombre que había sido sorprendido en su auto por Mothman. Al llegar al colegio, vio el auto azul fosforescente que estaba estacionado y que de seguro le pertenecía a él.

En el lugar, un hombre barría la entrada.

—Disculpe, señor, soy reportera y ando investigando un acontecimiento que usted vivió. Si no me equivoco, un fenómeno extraño que presencié mientras manejaba en su vehículo. ¿Le molesto? —decía Josh, mientras sacaba de su cartera un cuadernillo con un lápiz.

—Claro que soy yo, y me han tildado de loco, pero le contaré...

Ella se acercó con su libreta para anotar de primera fuente el relato, él por su parte, al verla entusiasmada como nadie al oír su historia, no se frenó y comenzó a narrar.

—Esa noche, como cualquiera, había neblina y el frío era evidente después de mi turno. Ese día había una vigilia, noté que no podría conducir mejor que usando las luces altas y los neblineros, pues ya me había pasado que más de una persona que caminaba en la oscuridad no la lograba ver y podría provocar un accidente —comentaba mientras seguía barriendo—. Y en ese momento una

sombra se acercó, frené de golpe y vi cómo una criatura voladora intentaba posarse sobre las luces. ¡Era un insecto! Así como te lo digo. Quedé petrificado, era de gran tamaño y sus aleteos se escuchaban como un silbido vibrante que era perceptible, a pesar de que el motor estaba prendido, pero en neutro. ¡El Mothman! es una criatura que viene seguro a darme una señal, porque la gente está muy mal... Las luces. Sí, ¡las luces lo hicieron acercarse a mí! Sí, eso fue. Ahora ya no salgo tan tarde del turno, tampoco voy a vigilia muy tarde. ¡No quiero que me vuelva a sorprender! —finalizó.

Josh, tomó apuntes del suceso, pero le quedaba una pregunta.

—¿Qué tan lejos de Madame Cher ocurrió esto? —interrogó.

—No tan lejos, sin embargo, fue en el camino paralelo, no en sus dominios —él le respondió rápido y sin dudar.

Josh le agradeció la conversación y se dirigió a su hospedaje.

Esa noche decidió regresar a los dominios de Madame Cher luego de la cena y, ya que conocía el camino a los alrededores de los prados que podía llegar por el sendero de Madame Cher, no necesitaría un guía. Posterior a la cena y de reposar, esperando que la noche fuera más intensa, se preparó para salir de su habitación del hospedaje.

Tomó su chaqueta, una mochila y no se le podía olvidar su linterna ultravioleta, pues, según investigaciones, eran más tentativas para las polillas. La suya alumbraba más de

trescientos metros alrededor y brillaba con gran intensidad. Además, empacó diferentes elementos que le permitiría registrar lo necesario en caso de que las cosas se pusieran difíciles y su cámara, aunque ella quería evidencia tangible.

Durante las noches el pueblo no era igual que de día, la gente aprovechaba la vida nocturna muy bien en este lugar; la vida bohemia de todos los viernes volvía a aparecer y la bebida se hacía presente en los clubes de la única cuadra generosamente iluminada, la misma que tenía, además, una cantina.

Como investigadora, Josh registraba todo lo que sucedía desde la llegada a ese pueblo, aunque no era muy sociable.

Ya encaminada, recordó a su padre y que toda esta aventura habría sido mejor en su compañía. De la misma forma pensaba que no podía perder esta oportunidad, era la primera vez que escuchaba el testimonio de alguien que posiblemente se había cruzado con Mothman sin saberlo.

En ese caminar, ya casi en el límite del pueblo, donde la iluminación de las calles dejaba de estar en la continuidad, se acercaba a los territorios de las cabras.

De repente oyó el descontrol del rebaño, como si las persiguieran. Para evitar pasar por el predio privado, Josh cortó por los cercos que la dirigían a aquel lugar, entre los predios aledaños.

Allí pudo ver lo impensado: una mujer atacaba a uno de los animales. Era la hija de Madame Cher, en compañía de una linterna y armada con una especie de punzón.

—¡Margarita! ¡Detente! —sorpresivamente exclamó Josh.

La mujer parecía fuera de sí.

—Sabía que arruinarías mi plan con tu visita —respondió la hija de Madame Cher, apuntándola con el arma con la que hería las cabras.

—¡Cálmate! Te puedo ayudar, aún no es tarde —Josh tomó una pose defensiva.

—No entiendes nada... Si mato un chivo al día, me tardaré un año y medio en terminar con el rebaño, así mi madre se enfermará y podré largarme de esta maldita casa, donde nada más que de cabras se habla. ¡Y tú no dirás nada! —gritó, expresando todo el odio que sentía al estar viviendo a la sombra de su madre y más por no tener libertad.

Con el mismo punzón que había utilizado para atacar a las cabras en la yugular, se apresuró a agredir a Josh, pero ella tenía su linterna ultravioleta, la cual usó, para encandecerla y golpear el punzón.

La linterna cayó al suelo aún prendida, apuntando al cielo.

Mientras se enfrentaban a golpes, un aleteo extraño comenzó a escucharse, y un zumbido que parecían de insecto se hizo más intenso.

Las cabras balaban y los perros de la vecindad comenzaron a ladrar, alertando a Madame Cher, quien de inmediato fue en busca de su hija, pero esta no se encontraba en su habitación. De un telefonazo llamó a los

policías de turno para reportar los ruidos y que no lograba encontrar a su hija.

Mientras tanto, en campo abierto, las mujeres estaban petrificadas. Un sacudón había detenido el enfrentamiento en medio de la noche. Una criatura alada rondaba la luz, se acercaba a su punto de origen, de la altura de un hombre adulto, aspecto de insecto, como una polilla o una ninfa nocturna. Su tamaño era perturbador, más que su fisionomía detallada de lepidóptero.

Margarita quedó en shock. Josh observaba maravillada, sin temor. No estaba preparada para obtener ninguna prueba, ni siquiera se había percatado de que había soltado su mochila en medio de la pelea.

Estaba tan solo allí, mirando en silencio, convencida que aquello se trataba de Mothman.

Entonces comenzaron a sonar las balizas de policías y, antes de que el insecto gigante pudiera posarse en el suelo, escapó volando por el ruido, perdiéndose en el cielo y pronto haciendo imperceptible su peculiar ruido.



Margarita confesó todo. Su madre no podía concebir que su hija le hiciera ese daño, así que la echó de la casa como castigo. No levantó cargos por las muertes causadas a su rebaño, pero sí la desheredó mientras ella viviera, para que se mantuviera a sí misma, sin embargo, Margarita

sabía que en realidad aquello no era castigo alguno para ella.

Por otro lado, la justicia la derivó a consulta psiquiátrica. No insistieron en la demanda solo por conocer la situación en que se encontraban Madame Cher y su familia.

Josh había resuelto el crimen de las cabras, pero no pudo hallar más pruebas de Mothman, solo que esa criatura no era responsable por ninguna matanza de cabras. Aunque ella permaneció una semana más en el poblado, cada noche movía su linterna en campo abierto para llamar su atención, sin perder esperanza de ver nuevamente al insecto gigante.

Esto no dio resultado.

“De seguro se espantó”, pensaba.

Pasó un tiempo, antes de que se volviera a hablar de un avistamiento, en un lugar distinto del mundo. “Una criatura alada en un puente”, rezaba el titular de prensa que Josh Hung estaba esperando.

Ya con experiencia, abrió el expediente para seguir la investigación inconclusa. Volvió a leer cada detalle que había escrito en los terrenos de Madame Cher para no volver a cometer ningún error esta vez, pues estaba preparada para terminar con el trabajo de su padre.

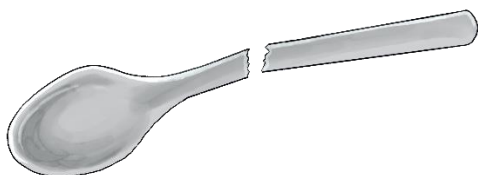




Aprender sobre psicología del color es asimilar una nueva lengua. El idioma de los colores es tan amplio como la cantidad de tonalidades que el ojo humano puede definir y sus respectivas y caóticas combinaciones.

Imaginarnos en un mundo sin color era una alternativa inocua cuando las pantallas nos presentaron las primeras historias narradas en blanco y negro, pero aquello jamás nos significó una posibilidad tangible.

*En **El día en que volvieron los colores**, José del Real nos presenta la infelicidad de un mundo sumido en una escala de grises y cómo una chispa de color puede marcar un radical antes y un después en una realidad.*



EL DÍA EN QUE VOLVIERON LOS COLORES

JOSÉ DEL REAL

EL DÍA EN QUE VOLVIERON LOS COLORES

Hace miles de años, Tara había sido un planeta vivo, lleno de naturaleza, sonidos, sensaciones y colores. Pero la ambición de los hombre solo atrajo conflictos, las disputas crecieron, la fricción política no aguantó los insultos y pronto las balas sonaron disparadas de un sinfín de armas.

El fuego de la guerra consumió especies animales, plantas, biomas, ciudades y países, incluso los colores abandonaron el planeta marchito por la destrucción, dejando una Tara en blanco y negro donde pocos humanos pudieron alzar cimientos de lo que sería una nueva sociedad aterrada por el pasado.

La humanidad se había volcado al desarrollo industrial, pocas ciudades habían sobrevivido a la guerra y ahora sus habitantes vivían en un lugar en blanco y negro, plano y carente de emociones.

Las personas se levantaban todos los días para tomar rumbo a sus trabajos, manejaban sus pequeños autos grises, trabajaban hasta que callera la noche y volvían a sus casas a dormir y así repetir el ciclo, todo bajo la atenta mirada de los gobernantes que controlaban a su población en todo momento para evitar que las emociones que los

habían llevado a la guerra en el pasado florecieran otra vez para amenazar la paz conseguida a través del orden.

Los recuerdos de la guerra se habían olvidado en la historia junto al dolor que habían vivido sus antepasados durante el aterrador conflicto. Se perdió todo tipo de sentimiento por el resto, solo importaba cumplir su trabajo, llegar a casa, dormir y repetir.

Los días pasaban en silencio, la gente no hablaba entre ellos más que para preguntar algo del trabajo. La lluvia era el único sonido que se escuchaba en las calles, ni si quiera el cielo ofrecía un descanso para aquellas almas condenadas a ser alimento de la industria, nadie se preocupaba de los demás, era vivir por uno mismo, encerrado en la soledad de un mundo gris.

Como todas las mañanas, K tomo su taza de café y abrió el diario que llegaba a la puerta de su casa.

TODO ESTÁ BIEN, SIGA CON SU TRABAJO, rezaba el periódico en primera plana, tranquilizando a K, quien se alegró de saber que todo seguía igual, después de todo, esa era la manera de mantener la paz y el orden bajo la atenta mirada de los gobernantes.

La estática sonaba en la radio, era él sonido habitual del artefacto que sólo se interrumpía cuando los gobernantes tenían algo importante que decir a la marchita población.

El joven abrió la cortina y comprobó que otra vez estaba lloviendo. El mundo le devolvió la mirada tras el cristal de la ventana, estructuras de concreto cuadradas y carentes

de inspiración, árboles artificiales de plástico que se movían con la caída de la lluvia que limpiaba el sucio suelo, arrastrando la mugre hasta las rejillas de drenaje.

K salió de la casa y subió a su auto. El pequeño vehículo hizo un sonido metálico seguido del agudo ronroneo del pequeño motor y arrancó sin problema, como siempre.

Comenzó su trayecto al trabajo como contador de cucharas donde no era ni más ni menos que el trabajo de los demás. Llegar a la fábrica, contar cuántas cucharas se producían en el día y luego contar cuántas se destruían. El material se reutilizaba y al otro día se repetía el proceso.

Revisó su reloj. Nueve minutos, cuarenta y cinco segundos, perfecto, como el día anterior y como el día anterior a ese, y probablemente como sería mañana.

La fábrica era una enorme estructura negra y sin ventanas, llena de chimeneas que vomitaban un denso humo negro al cielo.

K entró en silencio, firmó su hora de ingreso y se dispuso a trabajar.

Tomó asiento junto a sus compañeros. Llevaba más de siete años trabajando ahí, con las mismas personas de siempre, pero no sabía el nombre de ninguno, tampoco nunca le interesó, él solo tenía que seguir con su trabajo. Levantó la cabeza para mirar el cartel que repetía las palabras que había leído en el diario esa mañana. *Todo está bien*, rezaba la placa de bronce suspendida sobre la línea transportadora, lema que solía oírse también en los

pasillos, a través de parlantes estratégicamente posicionados.

El turno paso en silencio. Los trabajadores anotaban en sus cuadernos la cantidad de cucharas que pasaban frente a ellos, adorando con el mecánico sonido de las máquinas que exhalaban vapor y humo a partes iguales dentro del enorme galpón, como si de la respiración de un gigante mecánico se tratase.

El almuerzo era lo mismo de siempre: un poco de arroz, un vaso de agua y un trozo de pan. Perfecto, pensó K.

El segundo turno era el inverso al primero, contar que cada cuchara fuera destruida y fundida.

Al terminar el trabajo, entregaba los cuadernos a una máquina que les abría la puerta para volver a sus casas.

La lluvia golpeó con fuerza a K al salir del lugar, pudo sentir la suciedad que el agua traía desde el cielo atravesando aquella cortina de humo negro y denso que cubría la ciudad, caminó en silencio hasta su auto, lo volvió a encender y se encamino a su casa.

Todo estaba tal cual lo había dejado, lavó su ropa y preparó las cosas para el siguiente día. Volvió a hojear el diario y lo dejó juntó a los otros, todos eran exactamente iguales.



El turno de trabajo había pasado como de costumbre: luego de ordenar su zona de trabajo y apagar las luces, K subió a su auto, pero, por una extraña razón, decidió manejar hacia otro lugar. No se dio cuenta, algo invisible guio su mano y el auto viró hacia la izquierda, alejándose de la ciudad.

Salió de la zona industrial y comenzó a subir por el camino que serpenteaba colina arriba. No estaba iluminado y ya no había casas, solo los cadáveres de un bosque que seguramente existió antes de la gran guerra, troncos marchitos y retorcidos que imitaban de manera grotesca y burlona la belleza que alguna vez aquella arboleda había poseído.

Esto no está bien, pensó, entrando en pánico.

Sus manos comenzaron a sudar, detuvo el auto para tomar aire, su pulso se agitaba y el corazón le palpitaba tan fuerte que podía sentir el sonido como un martillo en sus oídos.

Pisó el barro jabonoso que casi lo hizo caer y se llevó las manos a la cara. Estaba asustado, levantó la vista y contempló la ciudad de York bajo la lluvia.

Era una vista espeluznante, edificios negros se alzaban más allá del horizonte, luces grises que proyectaban sombras inertes en el cielo, y las fábricas... las fábricas continuaban emanando ese asqueroso humo hacia el cielo nocturno.

Una lágrima recorrió la mejilla de K, impactado al darse cuenta. Las personas habían perdido casi todos los sentimientos hace mucho tiempo atrás, no quedaban vestigios de ellos, pero en ese minuto aquel individuo se sintió... triste.

El sonido del motor del auto y la lluvia eran su única compañía en aquel húmedo mirador que permitía una vista privilegiada de la desolada York desde las alturas.

K se arrodilló en el lodo. No sabía qué hacer, no quería volver a ese lugar, pero era toda su vida, no podía dejarlo. Su respiración se agitó, las manos se apretaron al barro, buscando la calma en aquella tierra muerta y sucia. Sus pensamientos se arremolinaron sin sentido, un caos en su mente estalló al darse cuenta de que por primera vez en su plana y gris vida no sabía qué hacer. York era lo único que conocía, la había aceptado desde su niñez y la ciudad lo había cobijado a él como un miembro.

De pronto un sonido ensordecedor cortó la escena, un ronco golpe en las nubes que bien se asemejó a un poderoso trueno en aquella tormenta.

K dio media vuelta y vio como las nubes se abrían de par en par para que un extraño objeto rompiera el cielo nocturno e impactara de lleno el terreno a unos cien metros de él.

Aquello levantó lodo, ramas y rocas mientras se arrastraba colina abajo, el ruido del caos era algo que

jamás había escuchado. Se subió a su auto asustado y vio cómo "aquello" se detenía, emitiendo vapor.

Curiosidad. Otra sensación nueva para el cuenta cucharas.

El joven volvió a abrir la puerta y se encaminó al objeto que ya se había detenido del todo. En su interior pensaba: Esto no está bien, esto no está bien, pero su cuerpo seguía empujándolo a seguir, necesitaba ver qué era lo que había caído del cielo.

El objeto emitía un calor abrazador que se podía sentir a una distancia considerable. K podía escuchar como la lluvia hervía al golpear el objeto, creando una delicada cortina de vapor.

Se agachó tras una roca y asomó un poco su cabeza para mirar, cobijado por la oscuridad de la noche.

El extraño objeto era una rara esfera de cristal que desprendía una curiosa luz blanquecina. Una trampilla se abrió desde el techo de aquella cosa caída del cielo y una figura femenina se recortó a contra la luz de la esfera translúcida.

K se volvió a esconder, asustado. Respiró unos segundos y volvió a asomarse, la chica se agarraba la cabeza con ambas manos y se limpió el barro de la cara, K quedó perplejo al verla.

Por primera vez en la vida veía colores.

La chica era delgada, no muy alta. Tenía el pelo corto y liso, a la altura de sus hombros.

Sus ojos marrones abandonaban toda lógica conocida para el joven que observaba con la boca abierta aquellos tonos que nunca había visto en su mundo.

Su rostro era delicado y femenino, cientos de lunares adornaban la piel de la mujer que se pasaban la mano por la cabeza para aplacar el dolor del golpe que el aterrizaje le había dejado.

K tardó unos segundos en darse cuenta de que la chica lo miraba.

—Hola, ¿podrías ayudarme? —le habló la joven mirando al asustado K—. Mi nave falló y no tengo idea donde estoy parada.

Su voz era fuerte, pero muy delicada a la vez, la chica agitó las manos para llamar la atención de K, quien seguía observándola, perplejo.

—Estás en las afueras de York, la ciudad del sur de Tara —respondió K, limpiándose el barro del rostro.

Molesta, ella suspiró pesadamente.

—¡De todos los planetas de este universo tenía que quedar varada en este! —gritó molesta la mujer, poniendo su mano en el rostro—. Tranquilo, no te haré nada. Necesitaré tu ayuda. Dime, ¿cuál es tu nombre?

¿Nombre?, el joven pensó unos segundos, no sabía qué era un nombre, siempre lo habían catalogado como K. Tal vez ese era su nombre.

—Me... me llamo K, solo estaba dando un paseo por acá. Ya debo irme, siento mucho haberte molestado —

sentenció asustado mientras se alejaba del lugar sin darle la espalda a la viajera espacial.

La chica soltó una risa coqueta, otra cosa que jamás había visto K en su vida.

—¿“K”? Eso no es un nombre, es una letra y nada más. Por favor ayúdame, me estoy mojando y tengo frío. ¿Puedes llevarme a algún lugar más seguro? —rogó la mujer bajo la lluvia.

El joven cuenta cucharas volvió a tomarse unos segundos para pensarlo, pero la chica ya había empezado a recoger sus cosas de la nave, las metió en un bolso rojo —otro color que le llamó mucho la atención—, y se paró junto a él.

—Muy bien, estoy lista. ¿Caminamos? —le apresuró la chica, regalándole una sonrisa que pareció iluminar aquel marchito mundo.



El camino a la ciudad se hizo eterno, K no sabía qué hacer con aquella chica.

Pensó en dejarla en alguna estación de la policía para que la ayudaran, pero algo en su interior no quería separarse de ella. Sin pensarlo para nada siguió su camino hasta llegar a su casa.

—Todo es blanco, negro y gris en este mundo, qué triste —dijo ella, cruzando el umbral de la puerta.

K respondió al comentario, a pesar de que no sabía lo que era la tristeza del todo:

—Cuentan que hace muchos años existieron esas cosas que llamas “colores”, vivos como los describes, pero los colores traen consigo la disparidad, y con eso llega el desorden —respondió melancólico K—. La gran guerra ha eliminado esos... “colores del mundo”, ahora todos somos iguales, no nos falta nada, vivimos en paz.

El joven corrió a la cocina y le sirvió una taza de café, la chica la aceptó con gusto y se sentó en el suelo.

K se dio cuenta que solo tenía una taza y una silla, se sintió avergonzado y prefirió acomodarse junto a la chica.

—¿Quién eres? —preguntó el joven, observando el suelo con timidez, aún no se acostumbraba a mirar los colores que la chica tenía.

—Soy Naya, viajera errante del espacio... bueno lo era hasta que mi nave se estrelló acá —contestó orgullosa la muchacha.

K la miró con incredulidad, no entendía aquel concepto que la misteriosa dama de las estrellas le había entregado.

Naya abrió los ojos, impresionada. Se dio media vuelta y sacó un extraño artefacto de su bolso rojo; era una pequeña caja con dos orificios, la puso a la altura de su ojo izquierdo y apuntó hacia K.

El joven se echó para atrás asustado al ver el artefacto que hizo un sonido mecánico.

Click, se escuchó al interior de la caja y K vio con sorpresa cómo un pequeño papel salía de la base del objeto.

Naya lo tomó y agitó en el aire unos segundos.

Al enseñársela, el joven vio con sorpresa que él estaba en el papel.

—Esto es una foto, me gusta tomarlas en todas partes del universo, conocer gente y otros planetas es mi pasión, siempre las llevo conmigo, son parte de mis recuerdos — dijo la viajera espacial con ternura. Sacó un gran libro de su maleta y lo abrió para colocar la foto en su interior.

K miró sorprendido el resto de las fotos, cientos de lugares, colores, flores animales y personas de muchas partes distintas, infinitas formas y tonos que parecían estar vivos en aquellos papeles en los que la máquina inmortalizaba momentos.

Naya notó el interés del joven y comenzó a contarle las aventuras e historias que escondía cada foto de su álbum.

De pronto sonó el despertador. Habían pasado toda la noche hablando y era hora de trabajar.



K llegó al trabajo acelerado, no podía esperar a llegar a casa y escuchar más de las fantásticas historias de su nueva amiga.

Los mundos que la viajera le había mostrado a través de las fotos habían despertado un sinfín de emociones en el joven del planeta muerto. Su mente se imaginaba aquellas lejanas tierras más allá de las estrellas, listas para ser descubiertas y exploradas. Se vio a sí mismo surcando el espacio para ir al encuentro de aquellos misteriosos lugares que el vacío escondía.

Comenzó a notar una conmoción a su alrededor, la gente lo miraba con una cara extraña, un compañero se le acercó y le indicó que algo raro le sucedía.

K fue al baño a comprobarlo y se dio cuenta de que estaba sonriendo, como Naya la noche anterior.

Hizo su mejor esfuerzo y se reincorporó al trabajo poniendo su cara más seria, tenía que ser igual al resto, no podía dejar que descubrieran lo que pasaba. Le aterraba pensar qué pasaría si lo separaban de la viajera espacial.

Escuchó el sonido del término de turno y se apresuró a entregar su informe, salió corriendo de la fábrica y encendió su auto.

Cuando llegó a la puerta de su casa, escuchó un extraño ruido que provenía del interior.

Abrió la puerta con precaución y vio a su invitada moviéndose de una manera extraña. La observó en silencio, no era ruido lo que escuchaba, era un conjunto de sonidos que componían algo hermoso. Ritmo, sensaciones en el aire que podían sentirse, pero no verse.

Naya giraba y se movía por la habitación y reía mientras escuchaba el sonido que emitía una pequeña caja con un disco negro que giraba con pereza.

—Mira, K. Esto se llama música. Siéntela, baila conmigo —le invitó la chica de los infinitos lunares, extendiéndole la mano.

El joven se incorporó al ritual, trató de "sentir" la música, de moverse al ritmo de los sonidos que salían de la pequeña caja verde.

Naya le sonrió al ver los torpes movimientos del joven que jamás había escuchado el ritmo en su vida.

La chica se acercó a él y lo abrazó. El contacto tan cercano le hizo sentir un pánico tremendo, ganas de salir corriendo de la casa. Vergüenza.

Pero ella lo apretó con fuerza, levantó la vista y quedaron inmóviles unos segundos.

Naya sonrió nuevamente y se alejó.

—Tienes que dormir, K. Bajaré la música para que descanses. Te robare otra taza de ese espantoso café —bromeó la joven, disminuyendo considerablemente el sonido proveniente del artefacto musical.

El joven asintió desconcertado, no podía dejar de pensar en ella, un nuevo sentimiento había aprendido ese día, algo que lo ataba a la chica de una manera que comenzó a asustarle.



Naya dormía cuando K salió de la casa. Noto algo extraño en el exterior, el poco pasto que adornaba la entrada de su hogar tenía unas cuantas hojas de un vivo color verde oscuro.

Asustado corrió a la cocina y tapó el manchón de pasto con los diarios antiguos que tenía guardados desde hacía semanas. Si de alguna manera los gobernantes se enteraban de lo que ocurría, Naya desaparecería para siempre.

Manejó hasta su trabajo, tenía la sensación de que todo el mundo lo miraba.

Llegó a la fábrica en silencio, donde al parecer había una conmoción en el personal. Todos hablaban de que las autoridades buscaban a un terrorista que había llegado a Tara desde otra ciudad.

K agachó la cabeza y se dirigió a su trabajo en la línea transportadora.

—Habitantes de York, el gobierno ha detectado actividades inusuales en la ciudad. Nuestros científicos establecieron que un organismo de otra ciudad se ha colado en nuestra sociedad. Cualquier información que tengan, por favor entregarla de inmediato a las autoridades —habló “la voz” por los parlantes apostados en las esquinas de la fábrica—. Todo está bien, sigan con su trabajo —sentenciaba al final.

K no podía hacer su trabajo, estaba preocupado, asustado de que alguien le hiciera algo a Naya. Tenía que

irse lo antes posible a su casa, aunque jamás se había retirado antes de su horario de salida. Seguro llamaría la atención del resto si pedía permiso para hacerlo.

De pronto, la mujer junto a él se levantó asustada, indicándolo con la mano. Un compañero de faena corrió de inmediato al teléfono de emergencia que se anclaba a uno de los pilares de la gran fábrica de cucharas.

K miró a su alrededor, todos lo observaban con miedo y se alejaban de él como si portara una plaga mortal.

El joven corrió al baño nuevamente, se miró al espejo y vio lo que ocurría. Sus ojos... Sus ojos ahora tenían color, un azul intenso que le devolvieron la mirada llenos de vida desde su reflejo.

K se echó agua y volvió a mirar. Su cuerpo se estaba llenando de color; su pelo abandonó el negro y se tornó marrón, su piel tomó un color pálido, pero muy lejos de ser completamente blanco y pequeñas manchas rojas se asomaron en su cara.

El joven escuchó el sonido de los guardias subiendo por las escaleras. Lo separarían de Naya si lo atrapaban.

La adrenalina recorrió su cuerpo, llenándolo de vigor y energía empujados por el miedo, era momento de escapar.

K salió corriendo a su auto, sentía el eco de las pisadas, a sus perseguidores tras él y podía ver a la gente alejarse, asustados al verlo con sus nuevos colores y una sonrisa en el rostro.

El joven dio un salto para internarse en su pequeño auto, mismo que arrancó al sentir la ignición para alejarse de la fábrica y sus perseguidores.

—Se ha detectado un organismo poco común en la ciudad de York, aléjense de cualquier cosa que rompa nuestra normalidad y dé aviso a las autoridades —resonaban de manera constante los megáfonos en las esquinas de la ciudad.

K llegó a su casa y bajó del auto sin apagar el motor, tenía que sacar a Naya de ahí cuanto antes.

Entró a su casa, agitado. Paneó el lugar con la mirada sin éxito, pero un papel de fuerte color rosa le llamó la atención en la mesa, junto a una taza de café. Vuelve a la esfera, rezaba la nota con letra cuidada.

El joven entendió de inmediato y salió de la casa a toda prisa. Ya podía ver los autos de la policía doblar a dos cuadras de distancia, estaban pisándole los talones.

K puso rumbo al bosque donde había encontrado a la chica por primera vez fustigado por el sonido de las sirenas y las bocinas de los autos de la guardia que le daban caza sin compasión.

La persecución los llevó fuera de la ciudad, por el serpenteante sendero que subía por los bosques muertos de la antigüedad.

K bajó del vehículo aún en marcha para salir disparado en busca de Naya cuando el camino se acababa, la policía lo estaba alcanzando.

Corrió a través de los árboles caídos, las ramas arañaban su piel. Miró con impresión y sus pasos se detuvieron: la sangre era de color rojo, jamás la había visto así.

Descargas de revólver sonaron con fuerza desde el auto que había abandonado, las balas rompieron las ramas junto al fugitivo, soltando astillas y olor a pólvora en el aire, sacando de su trance al joven cuenta cucharas.

Sintió un sonido grave, como una vibración en el aire. La esfera de vidrio en el cráter brillaba con fuerza. Naya estaba sentada en lo que parecía ser la cabina de un vehículo y levantó los brazos cuando lo vio aparecer.

La tierra temblaba al son del cristal que comenzaba a emitir pulsos de luz en su interior.

Más disparos pasaron a su alrededor, pero la suerte parecía estar de su lado.

K llegó junto a la chica que lo esperaba con esa sonrisa hermosa en el rostro.

—¿Estás listo para ser un viajero? —le preguntó la mujer, estirándole la mano para ayudarlo a subir a la extraña nave.

K sonrió y la miró a los ojos, tomó su mano y saltó a la cabina.

El cristal se cerró y salió disparado hacia el espacio, dejando atrás aquel mundo destruido y deprimido para siempre.

Naya reía triunfante y movía los controles mientras ascendían a gran velocidad.

—Lindos ojos, me alegro de que recuperaran su color —dijo la chica al abandonar la órbita del planeta.

K miró atrás, Tara era solo un punto blanco y negro, pero el universo estaba lleno de belleza que ningún humano en su marchito planeta hubiera imaginado.

Nebulosas de formas imposibles y colores infinitos se dibujaron frente a los viajeros que alzaron vuelo por el infinito espacio en busca de más planetas para explorar.

La chica abrió su caja de música y continuó manejando.

K la abrazó con fuerza. Sintió su olor y ella le acarició el pelo sin dejar de pilotar la nave.

K cerró los ojos y disfrutó el momento.

Ahora él pasaría a ser parte de las geniales aventuras que Naya le había contado cuando se conocieron.

La apretó con fuerza entre sus brazos. Por fin la calma volvía a su mente

Todo estaba bien.



AGRADECIMIENTOS

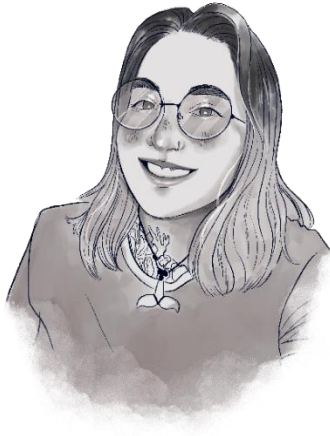
En este largo viaje hemos tenido la dicha de contar con la participación de talentosos artistas que han aportado a esta obra con su gran talento, es por eso que agradecemos profundamente a Noah Wolff, J. G. Audoriza, José del Real, Nla Contreras, Javier Fontecilla y Sofía Ramos Wong por haber aceptado formar parte de este proyecto desde sus cimientos.

A nuestros talentosos ilustradores, quienes colaboraron con su amabilidad, talento y, como siempre, buena disposición. Sin los dones de Alexis Collao, Riyyuu Art y Amonite Art, *ABRAXAS I* no habría sido posible.

A la memoria de Daniel Valenzuela, gracias a quien gran parte de este proyecto pudo ser financiado.

A las personas que inspiraron a nuestros autores invitados: Trinidad Arancibia, Siusgeng, David, Catalina, Ignacio, Mizabeth, Alicia y Bill, el gato.

Finalmente, a nuestros lectores, aquellas mentes que se han sumergido en estas páginas por motivos tan variados como desconocidos. Esta antología es para ustedes.



ZAHORÍ BALMACEDA

Cineasta, guionista, crítica, creadora de contenido y escritora nacida el 6 de noviembre de 1996 en Santiago, Chile. Amante del conocimiento, los animales y la diversidad.

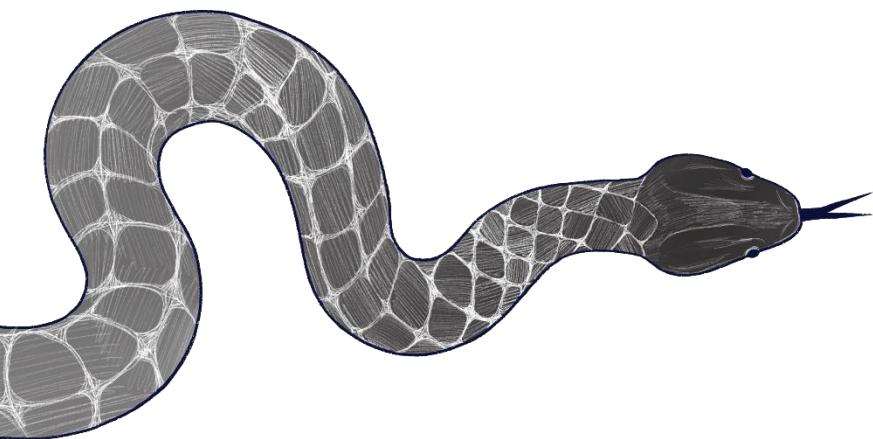
Autora de *Saoirse* (2019), *Little Sadie* (2020) y *Ganimedes* (2021), siendo estas dos últimas obras acreedoras de mención honrosa en los International Latino Book Awards.

Sus relatos breves participan en las antologías *Voces en Sintonía*, *Akta Gamat*, *Tras la Huella de Marie Rogét* y *Love Story*.

Actualmente incursiona en el cine animado con varios proyectos audiovisuales en preproducción.

Paralelamente ha creado la saga antológica “Abraxas, por Zahorí Balmaceda”.





Instagram
@antologia_abraxas

